

CHRISTUS
REVISTA DE TEOLOGÍA,
CIENCIAS HUMANAS Y PASTORAL

No. 854 / Año LXXXIII / \$120

DEPORTE

¿VIDA EN ABUNDANCIA?



**EL DEPORTE COMO SIGNO
DE ESPERANZA Y
CONSTRUCCIÓN DE PAZ**

MARÍA DEL PILAR RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

**ENTRE EL VICIO Y LA VIRTUD:
EL DEPORTE COMO CAMPO
DE DISCERNIMIENTO**

ALBAN ZOHN

**DONDE LA FE Y EL DEPORTE
SE ENCUENTRAN**

JAVIER BAILÉN LLONGO, S.J.



Agradecemos a nuestra comunidad por su lectura y escucha atenta. Su acompañamiento, sus comentarios y la recomendación de nuestro trabajo nos impulsan a seguir sosteniendo este esfuerzo editorial con mucha gratitud.

Aprovechamos el espacio para dar la bienvenida a Antonio Martín Villaseñor, estudiante de la carrera de Filosofía, quien se integró al equipo editorial como asistente de redacción. En junio pasado, nuestra editora Paloma Robles participó en el X International Symposium on Jesuit Studies, celebrado en Boston College, donde presentó la ponencia «CHRISTUS: un archivo histórico de la esperanza», sobre la trayectoria y la vocación de la revista. Agradecemos al Institute for Advanced Jesuit Studies por su hospitalidad y por fomentar el diálogo entre proyectos e investigaciones vinculados con la tradición jesuita.



¡Síguenos en redes sociales!

Facebook **RevistaChristus**

Instagram **revistachristus_**

Website **nas.io/es-mx/revista-christus**

Visita nuestro sitio web:

<https://christus.jesuitasmexico.org/>

Escucha *Ve y diles*:

<https://spoti.fi/4fxkATt>

CHRISTUS
REVISTA DE TEOLOGÍA,
CIENCIAS HUMANAS Y PASTORAL
No. 854 Año LXXXIII trimestral

COMITÉ EDITORIAL

Pedro Antonio Reyes Linares, S.J. (coordinador)
Alejandro Cárdenas López
Nerio Solís Chin, S.J.
Carlos Jesús Araujo Torre
Sofía Irene Ortega Simón
Cristina Paloma Robles Muro
Francisco Urrutia de la Torre
Manuel Verduzco Espinoza
Alejandra Nájera
Felipe Monroy

COMISIÓN TEOLÓGICA

Carlos Cervantes, S.J.
Raúl Cervera, S.J.
Gerardo Cortés, S.J.
Nerio Solís Chin, S.J.
Javier Garibay, S.J.
Luis Arturo Macías, S.J.
Sebastián Mier, S.J.
Jorge Ochoa, S.J.
Álvaro Quiroz, S.J.
Arturo Reynoso, S.J.
Pedro de Velasco, S.J.
Alexander Zatyryka, S.J.

Imagen de portada: © pressmaster, Depositphotos
Imagen de tercera de forros: © Carlos Daniel, Cathopic
Algunos elementos gráficos de las secciones han sido diseñados usando imágenes de Freepik.com

Algunas imágenes que aparecen en la revista se publican en términos de lo que establece el artículo 148 de la Ley Federal del Derecho de Autor.

Se permite la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier forma o medio, con propósitos educativos y sin fines de lucro, sin que sea necesario obtener autorización expresa por parte de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, A.R.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

CHRISTUS REVISTA DE TEOLOGÍA, CIENCIAS HUMANAS Y PASTORAL No. 854 Año LXXXIII, julio–septiembre de 2026, es una publicación trimestral editada y distribuida por la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, A.R., Av. Río Churubusco núm. 434, Colonia del Carmen, Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04100, teléfono: 55 5533 5835. Editor responsable: Pedro Antonio Reyes Linares. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo 04-2023-011210031400-203, otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número, Pedro Antonio Reyes Linares, 1 de julio de 2026. Fecha de publicación: 1 de julio de 2026.



CHRISTUS REVISTA DE TEOLOGÍA, CIENCIAS HUMANAS Y PASTORAL

Julio | Agosto | Septiembre 2026

2 EDITORIAL

4 MIRAR DE CERCA

Del cambio de régimen a la chiquirreforma electoral
Jorge Rocha Quintero

43 ESPIRITUALIDAD

Donde la fe y el deporte se encuentran
Javier Bailén Llongo, S.J.

47 OTRAS SABIDURÍAS

La magia del juego
Elías González Gómez

50 EN SU PROPIA VOZ

Educar desde la cancha
Juan Pablo Hermsillo

53 DESDE OTROS OJOS

Marty Supreme:
el juego y el fracaso del yo
Carlos Alonso Grande Aldana

55 EL LIBRERO DE CHRISTUS

Sobre Dios, del pesimismo a lo trascendente
Cristina Paloma Robles Muro

57 NO SÓLO DE PAN...

Juan Carlos Zavala Jonguitud, S.J.

64 LAS PALABRAS DEL PAPA

CUADERNO



Foto: © Beaver1488, Depositphotos

10 PARA LEER EL CUADERNO

12 El deporte como signo de esperanza y construcción de paz
María del Pilar Rodríguez Martínez

18 Entre el vicio y la virtud: el deporte como campo de discernimiento
Alban Zohn

24 Donde el cuerpo aprende a convivir: deporte, comunidad y esperanza
Guillermo Dellamary Toral

30 Fútbol, el deporte que los jesuitas hicieron posible
Miguel Ángel Lara Hidalgo

37 El rol del *underdog* en el juego del cine
Gustavo A. González Castañeda, S.J.

CHRISTUS REVISTA DE TEOLOGÍA, CIENCIAS HUMANAS Y PASTORAL | No. 854 | Año LXXXIII trimestral

DIRECTORIO

Enrique Javier Mireles Bueno, S.J.
Provincial de la Compañía de Jesús en México

Alexander Paul Zatyryka Pacheco, S.J.
Rector del ITESO,
Universidad Jesuita de Guadalajara

Carlos Jesús Araujo Torre
Director de Relaciones Externas del ITESO,
Universidad Jesuita de Guadalajara

Pedro Antonio Reyes Linares, S.J.
Director de la revista

Narce Delia Santibáñez Alejandre
Directora de Comunicación de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús

EQUIPO EDITORIAL

Editora: Cristina Paloma Robles Muro
Editora de fotografía: Lalis Jiménez

Editor de la sección *Otras sabidurías:*

Elías González Gómez
Editora de redes sociales:
Karla Paola Martínez García
Cuidado de la edición: Oficina de Publicaciones del ITESO

Diseño y diagramación: Beatriz Díaz Corona J.



EDITORIAL

Este texto se escribe a 58 días del inicio de la Copa Mundial de Fútbol 2026. Mientras el mundo se prepara para la mayor justa deportiva del planeta la realidad global se tensa con conflictos abiertos entre Estados nación que, desde su poderío militar y económico, parecen apostar por la aniquilación de sus adversarios. Un aparente juego de suma cero en el que todo se pierde o todo se gana, donde las reglas se desdibujan y la fuerza, la cerrazón y la soberbia se imponen.

Juegos de poder bélico que son alimentados por narrativas que incluso pretenden justificarse en lo religioso. Todos parecen querer a Dios de su lado. Imágenes, discursos, propaganda de guerra plagada de símbolos religiosos —como esa imagen en la que el propio Donald Trump se presenta a sí mismo como Jesús ayudando a los enfermos— configuran un escenario donde la verdad se diluye.

En este número no queremos hablar del juego desde la nostalgia de otro tiempo, sino como un lenguaje común de encuentro. Nos interesa mirar las posibilidades que habilita. Pensar el juego como una opción real de comunión, a pesar de nuestras diferencias, de nuestras creencias y de nuestras carencias; el juego

como un sustento para la paz. Porque sabemos lo que hay en el otro lado del balón: el negocio, la distorsión de las simpatías, con unos por encima de otros, la ludopatía.

¿A qué juego estamos jugando cuando el destino de la humanidad comienza a leerse también en plataformas de predicción basadas en tecnologías financieras? En estos espacios la lógica del juego se desborda y roza en lo perverso: la vida, el dolor y la guerra convertidos en probabilidades de apuesta.

Detrás de estas dinámicas de poder estamos las personas de a pie, las bienaventuradas del Evangelio que seguimos anhelando una vida digna, marcada por la paz y la fraternidad de los pueblos. Por eso, así como el papa León XIV lo ha dicho fuerte y claro a los déspotas que gobiernan el mundo, seguiremos manifestándonos «enérgicamente contra la guerra, tratando de promover la paz». Que la competencia no se reduzca a ganar o perder, que la apuesta más urgente sea otra: recuperar el sentido del juego como espacio de humanidad compartida.

Equipo editorial de *CHRISTUS*







DEL CAMBIO DE RÉGIMEN A LA CHIQUIRREFORMA ELECTORAL

Jorge Rocha Quintero

Este texto contiene fragmentos de «El análisis del plan B de la presidenta Claudia Sheinbaum (parte I)», publicado por el mismo autor en Zona Docs en marzo de 2026.

Cuando un país experimenta un cambio radical, políticamente hablando, como el fin de una dictadura o una transformación democrática profunda, lo que regularmente sucede es un cambio de régimen, es decir, la confección de otras reglas para acceder, mantener, distribuir y generar contrapesos al poder político. Habitualmente este proceso implica la configuración de un congreso constituyente que elabore una nueva Carta Magna. Esto sucedió en varios países de América Latina, que cuando pasaron a sistemas democráticos construyeron una nueva Constitución.

En México hemos tenido dos oportunidades para que este tipo de procesos se pongan en

marcha. El primero fue cuando el Partido Acción Nacional (PAN) ganó por primera vez la presidencia de la República, luego de 70 años de control político del Partido Revolucionario Institucional (PRI). En el año 2000 se hablaba de la gran «reforma del estado» y se estuvo debatiendo alrededor de la necesidad de elaborar una nueva Constitución. El presidente Vicente Fox evadió su responsabilidad histórica y no quiso abanderar este proceso de transformación, a pesar de que contaba con el capital político necesario para emprender semejante esfuerzo.

El segundo momento con características similares fue con la llegada de Andrés Manuel López Obrador a la presidencia, que logró a través de la enorme fortaleza política del partido que fundó: el Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA). A pesar de que el tabasqueño fue entonces el candidato más votado para la presidencia de México y resurgió el debate sobre un nuevo régimen político, su falta de empuje, aunado a que no contaba con la mayoría calificada en el Congreso de la Unión, implicó que no se concretara una reforma política profunda.

López Obrador presentó dos iniciativas de ley para hacer una reforma político-electoral: la

Doctor en Estudios Científico-Sociales en la línea de investigación de Política y Sociedad en el ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara.



primera era bastante robusta, la segunda con menos fuerza, pero ambas buscaban modificar algunas reglas de juego del régimen priista que todavía corre por las venas del sistema político mexicano. Prácticamente ninguno de estos cambios prosperó porque la oposición política tomó este debate como una defensa a ultranza del Instituto Nacional Electoral (INE) y esto nubló la necesidad de generar cambios profundos.

Cuando concluyó el mandato del tabasqueño, y ya con una mayoría calificada en ambas cámaras (senadores y diputados), se anticipaba que esta vez sí se lograría una reforma que nos llevara a un régimen político distinto.

La primera propuesta de reforma política de Claudia Sheinbaum

Luego de un proceso filtrado a los medios de comunicación, en el que fue clara la falta de oficio político por parte de la presidencia de México, finalmente en marzo de 2026 Claudia Sheinbaum Pardo presentó la iniciativa de reforma político-electoral al Congreso de la Unión.

Puntos sustantivos

La primera propuesta de la presidenta tenía tres aspectos fundamentales: a) la modificación del criterio para asignación de las 200 diputaciones federales; b) la disminución del 50% de las senadurías de representación proporcional, y c) el impulso de los mecanismos de democracia directa en los estados de la República.

En la legislación vigente, los 200 diputados de representación proporcional se designan mediante listas elaboradas por los partidos políticos para cada una de las cinco circunscripciones del país. El número de legisladores que corresponde a cada instituto político se

determina a partir del porcentaje de votación obtenido en la elección y del lugar que las y los candidatos ocupen en las listas confeccionadas por los propios partidos.

En la primera propuesta de la presidenta Claudia Sheinbaum se planteó que sólo cien diputados serían elegidos de esta forma, pero ahora con votación directa de los ciudadanos a las y los candidatos y no por el lugar en la lista que determinarían previamente los partidos. Los otros cien serían los mejores segundos lugares de las elecciones de diputados de mayoría relativa. Esto implicaba un cambio drástico en la manera de designar a los plurinominales, ya que al menos 400 de los futuros diputados deberían hacer campaña en territorio.

Uno de los mayores riesgos de esta propuesta es que MORENA y sus aliados políticos son la primera o segunda fuerza política en todos los estados hasta el momento, lo cual incrementa considerablemente sus posibilidades de mantener el control del Congreso de la Unión. En realidad, los partidos de oposición solamente tendrían mayores posibilidades en los cien diputados electos por la vía de las listas.

El segundo aspecto que representaba un cambio sustantivo en la conformación política del país era la disminución del número de senadores plurinominales. Hay que recordar que hasta ahora son 64 senadores electos de forma directa en cada uno de los 32 estados de la República, y los otros 64 legisladores son designados por la vía de la representación proporcional. En la primera propuesta de la presidenta de México los 64 senadores electos por estado se mantenían intactos, pero en la iniciativa se exponía que sólo 32 fueran electos de forma plurinomial, de manera que los otros 32 senadores plurinominales desaparecían. Esta circunstancia sí modificaba de forma importante la composición de la Cáma-



ra Alta, ya que se pasaría de 128 a 96 senadores. De nueva forma, se advertía que el riesgo de esta fórmula favorecería la presencia de los partidos mayoritarios, generando una disminución de la representación de las minorías. Hoy mismo la participación de algunos partidos en esta instancia ya de por sí es raquítica; con esta nueva composición la presencia podría ser menor aún.

El tercer aspecto sustantivo, que poco eco tuvo en la opinión pública, fue el impulso de los mecanismos de democracia directa como el referéndum, el plebiscito, la consulta popular, entre otros, en los distintos estados de la República. Aunque en la propuesta no se perfilan las figuras específicas, se alienta a que éstas existan y que estén reguladas e instrumentadas por los organismos electorales locales, los llamados «OPLE». Unos de los debates más importantes que tuvo la reforma electoral fue la posible desaparición de los OPLE, pero con la primera propuesta de la presidenta esta duda se disipó, ya que la responsabilidad de instrumentar estos mecanismos era de ellos. Lo que sí quedaba más claro era que ésta parecía perfilarse como su función principal y como el elemento que distinguiría sus atribuciones de las funciones sustantivas del INE. Esto en principio era una buena noticia para el país, ya que no todos los estados cuentan con estos mecanismos de democracia directa, y en el caso de las entidades que sí los tienen, son muy poco utilizados, como ocurre en Jalisco.

Aspectos procedimentales

Los asuntos procedimentales de mayor importancia en la propuesta de reforma electoral de Claudia Sheinbaum eran los siguientes: a) el momento del comienzo de los cómputos distritales; b) la utilización del voto electrónico; c) la regulación en el uso de la inteligencia artificial en las campañas políticas; d) el «blindaje»

de recursos a los donativos de campañas, y e) la disminución de tiempos oficiales para la propaganda electoral.

La legislación vigente ordena que los cómputos distritales de las 300 demarcaciones electorales del país se realicen a partir del día miércoles después de la elección; por su parte, la propuesta señalaba que los cómputos comenzarían al recibir el primer paquete electoral, es decir, el mismo día de la jornada electoral. Esta situación presentaba aspectos positivos y negativos: por un lado, la prontitud de los datos generaba mayor certeza en los resultados; por otro, implicaba estrés y una fuerte carga de trabajo para los consejos distritales, además de retrasos en la llegada de paquetes provenientes de zonas rurales con pocas vías de comunicación. Por supuesto que era por demás positivo que los partidos tuvieran la obligación de decir cuándo se utilizaba la inteligencia artificial en su propaganda política para evitar falsedades en los beneficios prometidos, además de la incorporación de mecanismos electrónicos para la emisión del voto en los procesos de democracia directa. De hecho, una agenda imposterable en México es el tránsito del voto artesanal que ahora tenemos a un voto electrónico que facilite procesos y genere mayores certezas.

En esta iniciativa también se retomaba la imperiosa necesidad de incrementar el blindaje de recursos ilícitos en las campañas o de regular las aportaciones en dinero en efectivo por parte de particulares, que es un asunto que se tuvo que legislar desde hace tiempo por las distorsiones que generaba en los procesos electorales y luego en los compromisos de gobierno. Finalmente, la primera propuesta de Sheinbaum exponía la necesidad de disminuir los tiempos oficiales para la propaganda electoral en medios de comunicación masiva, asunto que tendría un aspecto positivo y uno negativo (recordemos que en la propuesta se





Foto: © Coordinación de Comunicación Social, Senado de la República

pide pasar de 48 a 35 minutos diarios). El acierto radicaba en que reducía el problema de la espotización de las campañas que hasta ahora no ha dejado nada bueno a la calidad de la contienda política. No obstante, el aspecto negativo era que podía afectar la equidad de las campañas electorales al otorgar menos tiempos de propaganda a los partidos minoritarios.

Cuando se conoció la primera propuesta de reforma electoral varios la calificamos como una iniciativa «descafeinada» y que poco abonaría a una verdadera reforma política y electoral. Sólo recordemos, porque ahora ya casi nadie habla de esto, que en México urge una reforma política de fondo, ya que se han acentuado problemas de la democracia mexicana, como nuestra grave crisis de representación, en la cual gran parte de la población no sien-

te que sus necesidades sean abanderadas por ningún partido político; la tremenda y profunda desconexión que hay entre los partidos y la ciudadanía; las injustificables e inmorales prerrogativas y privilegios que tienen las fuerzas políticas en México; las excesivas e inexplicables funciones del INE; las inservibles, fastidiosas y aburridas campañas políticas que cada tres años tenemos que soportar; la preocupante incapacidad estructural de muchos municipios para realizar su mandato (por ejemplo las policías municipales que sólo sirven para sacar borrachos de cantina); la poca y abusiva claridad de las alianzas electorales y su conformación de mayorías ficticias; la inexistencia de mecanismos, como la necesaria segunda vuelta, cuando se presentan comicios muy competidos; el alto y persistente abstencionismo que hay en el país, que ronda el 40% de la población; el incremento en el



“ El hecho de que la legislación vigente permita que sea únicamente la propia clase política la encargada de regularse a sí misma, nos coloca en círculo vicioso que sólo podrá romperse con una fuerte e intensa presión de parte de la sociedad civil”.

porcentaje de votación para que un partido político obtenga el registro electoral, entre otros. Éstos son algunos de los problemas que venimos arrastrando desde hace mucho tiempo, que la clase política no ha querido resolver, y que incluso se ha beneficiado de estas situaciones.

El hecho de que la legislación vigente permita que sea únicamente la propia clase política la encargada de regularse a sí misma nos coloca en círculo vicioso que sólo podrá romperse con una fuerte e intensa presión de parte de la sociedad civil para cambiar el estado de las cosas. Este escenario no está presente en este momento y por esta razón la discusión se convirtió en un asunto sólo de élites y de las partes directamente afectadas por las reformas.

Hay que retomar que las dos propuestas de Claudia Sheinbaum ya no tenían muchos elementos propuestos en los anteriores intentos, eran iniciativas muy descafeinadas desde su concepción y, a diferencia de López Obrador, la actual presidenta de México sí cuenta con una mayoría calificada en el Congreso de la Unión, pero al parecer el trabajo político de convencimiento de los aliados no ha sido el mejor, pues su primera iniciativa no alcanzó los votos que necesitaba para su aprobación.

La primera propuesta de reforma de Sheinbaum no alcanzó la mayoría calificada, ya que, en términos gruesos, sólo votaron por ella los legisladores de MORENA. El Partido Verde, el

Partido del Trabajo (PT), el PAN, el PRI y Movimiento Ciudadano (MC) votaron en contra.

Era por demás evidente que los propios partidos no apoyarían la reducción de senadores plurinominales, lo cual claramente afectaba sus intereses, y que tampoco votarían a favor de reducir el dinero que reciben. En términos coloquiales, era como «darse un balazo en el pie», por lo que prefirieron hacer una pequeña revuelta política en contra de la presidenta que perder sus privilegios.

El Plan B

Luego del primer rechazo a la presidenta de México se presentó el llamado plan B, que cambiaba las propuestas de Sheinbaum por otras aún menos significativas para el desarrollo democrático del país. Quedó claro entonces que la necesidad de una gran reforma del Estado no será resuelta en este sexenio y que al final nos quedaremos con una *chiquirreforma* electoral, muy descafeinada y que poco ayudará a mejorar nuestra precaria democracia.

Recordemos también que para el momento de la presentación del plan B ya eran tres los descalabros que la presidenta había tenido con este Congreso de la Unión, a saber, el atraso en la entrada en vigor de la reforma contra el nepotismo (hasta 2030); la designación de la presidencia de la Comisión Nacional de Derechos Humanos en la que se ratificó a Rosa-





rio Piedra, quien no contaba con el apoyo de Claudia Sheinbaum, y el rechazo de la primera iniciativa de reforma electoral. Estos reveses en tan corto tiempo y con un poder legislativo con supuesta mayoría calificada demuestran la poca fortaleza política de la presidencia.

Por otro lado, la *chiquirreforma* electoral o el llamado plan B contenía, desde mi punto de vista, un aspecto sustantivo, varios elementos procedimentales, algunas disposiciones francamente inservibles y un tema extremadamente polémico. El punto más relevante es la reducción del número de regidores en los cabildos del país, cuyo máximo sería de 15, según la población de cada ayuntamiento. Basta citar los casos de Guadalajara y Zapoan, donde actualmente hay 20 regidores y, a partir de la siguiente integración del cabildo, sólo habrá 15. Aunque esta medida puede justificarse como una forma de ahorro al erario y como respuesta a la falta de rendición de cuentas de algunos regidores, en realidad debilita la representación de las minorías políticas, que quedarían con una presencia mínima en los cabildos del país.

Los aspectos procedimentales de la *minirreforma* tienen que ver con el ajuste a la baja del presupuesto para los partidos políticos, la vigilancia en tiempo real de los gastos de campaña electorales, la disminución del presupuesto de los congresos locales de todo el país y la inservible baja del salario de funcionarios electorales, que puede sonar justo en términos valorales, pero que no resolverá absolutamente nada en el fortalecimiento de la democracia.

El tema más controvertido de la *chiquirreforma* electoral era adelantar la ratificación de mandato de Claudia Sheinbaum para junio de 2027. Hay que recordar que en este momento el proceso de ratificación puede ser hasta 2028. De haber prosperado esta parte del lla-

mado plan B, la presidenta habría aparecido en las boletas electorales junto con los diputados federales, la mayoría de los diputados locales y miles de candidatos a presidentes municipales, además de poder participar en campaña durante el proceso electoral. Este ejercicio, además de resultar inútil, pues hasta ahora nadie ha solicitado la renuncia de la presidenta, habría generado un grave escenario de inequidad en las campañas de las elecciones intermedias.

Finalmente se aprobó tanto en la Cámara de Diputados como en la Cámara de Senadores la mayor parte del plan B, salvo el apartado del adelanto de la ratificación de mandato. El PT fue responsable de oponerse a la propuesta de la presidenta que finalmente no pudo llevar adelante esta iniciativa. Luego, en la Cámara de Diputados el partido naranja votó a favor de la *minirreforma* electoral, que sólo encontró oposición en el PAN y en el PRI.

Las breves conclusiones que pueden extraerse de este largo proceso son varias. En primer lugar, volvió a postergarse la necesidad de una reforma política de fondo y, en su lugar, se aprobó una reforma electoral poco funcional y operativa. Asimismo, la presidenta quedó en entredicho, pues se evidenció que actualmente no controla por completo al partido político que la llevó al poder, dejando ver que la sombra de Andrés Manuel López Obrador continúa presente en el escenario político nacional.

Por otro lado, los partidos políticos en México, en su configuración actual, difícilmente impulsarán una reforma política que afecte sus propios intereses, lo que coloca al país en un peligroso círculo vicioso de deterioro democrático. Finalmente, el PT asumió el papel de partido «respondón» dentro de este escenario político, mientras que MC parece acercarse cada vez más a las necesidades de la alianza gobernante. ☒



PARA LEER EL CUADERNO

Nos entusiasma presentar esta selección de cuadernos con la que buscamos abordar el deporte como medio para la paz y el encuentro. Partimos de tres intuiciones que orientan el eje temático de este trimestre: 1) entender el juego y lo lúdico como actos realizados en plena alegría, dentro de un marco de reglas compartidas que ordenan el encuentro y lo distinguen de la vida cotidiana; 2) la competencia no como aniquilación del otro sino como una tensión necesaria entre pares que eleva el ritmo y exige lo mejor de cada uno, y 3) el juego como medio para el encuentro y vehículo de paz.

Abrimos con un texto de María del Pilar Rodríguez Martínez, doctora en Psicología del Aprendizaje Humano, quien ofrece una perspectiva clave sobre el deporte como práctica que sostiene la paz y la esperanza: «Una herramienta con posibilidades únicas para la educación pública y la movilización social».

Seguimos con el cuaderno del investigador en temas de integridad deportiva, Alban Zohn, que aborda la dicotomía entre vicio y virtud en el deporte y expone con gran claridad los hilos detrás del esfuerzo que habilitan a su vez el discernimiento, la reflexión y el crecimiento de los deportistas, ofreciendo una oportunidad para cultivar la sabiduría práctica y otras virtudes.

Desde la psicohistoria, el deporte y la excelencia humana, Guillermo Dellamary Toral aporta elementos para mirar el deporte como un escenario comunitario que acompaña a la persona en sus procesos deportivos: «No basta con tener un cuerpo preparado; hace falta un alma educada en el sentido del límite, del esfuerzo y del respeto», apunta.

En clave de antropología e historia, el periodista Miguel Ángel Lara Hidalgo trae a la mesa el trabajo de los jesuitas en las misiones paraguayas, donde la práctica deportiva de los pueblos indígenas de la región se ve enlazada con el balón de caucho del árbol en el Manga Ñembosarái.

Finalmente, Gustavo A. González Castañeda, S.J., con trayectoria en el ámbito educativo y religioso en México, nos habla de cómo el cine ha representado el papel del *underdog*, recurso narrativo que revela cómo la existencia humana no queda clausurada por los límites ni los fracasos.

Esperamos que estos aportes contribuyan a una lectura profunda sobre el tema, en medio de la justa deportiva del Mundial que convoca a tantas almas al encuentro con los demás.





Foto: © Nicolás Núñez LC, Cathopic

“*La villa olímpica es una metáfora habitada de lo que la humanidad podría ser. Personas formadas en sistemas distintos, provenientes de geografías lejanas y marcadas por costumbres diversas logran convivir bajo un mismo techo simbólico sin anular sus diferencias”.*

Guillermo Dellamary Toral



EL DEPORTE COMO SIGNO DE ESPERANZA Y CONSTRUCCIÓN DE PAZ

María del Pilar Rodríguez Martínez

Hablar de paz en los tiempos actuales es un ejercicio que trasciende lo conceptual, lo ético, lo político o lo filosófico. Es un anhelo que vivimos día con día y que se hace más fehaciente a partir de la realidad que enfrentamos actualmente en un país como México.

Sólo en lo que va del año hemos vivido en los planos nacional e internacional un recrudecimiento de las violencias que nos han acompañado en las últimas décadas, así como un aumento alarmante de las situaciones de conflicto armado. Según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía, en México se cometen en el país alrededor de 80 homicidios diarios, mientras que la crisis de desapariciones supera ya las cien mil personas.

Recientemente, diversos estados del país se vieron convulsionados a partir de la muerte de uno de los líderes de los cárteles más poderosos del narcotráfico, lo que, además de dejar una profunda sensación de vulnerabilidad

entre la población, puso en evidencia cómo el narcotráfico y el crimen organizado se han infiltrado hondamente en distintos niveles de nuestra sociedad.

En el ámbito internacional el panorama no es más alentador; lejos de encontrar soluciones o de poner fin a los conflictos armados existentes, durante 2026 la guerra en Medio Oriente se ha convertido en un ejemplo claro de cómo la tensión ha escalado a nivel mundial. De acuerdo con el Mapa Global de Conflictos, existen actualmente entre 45 y 50 situaciones armadas en todo el orbe, lo que convierte los tiempos actuales en uno de los más convulsos desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

No quisiera dejar de mencionar que también existen problemáticas lamentablemente cotidianas que, aunque más silenciosas y menos mediáticas, resultan igualmente preocupantes y dan cuenta de un resquebrajamiento social profundo, como lo son la trata de personas, los feminicidios y los discursos de odio, entre otras.

Ante este panorama, no basta con hablar de la importancia de la paz; necesitamos generar acciones que impulsen marcos estructurales y pedagógicos que nos ayuden a trabajar para reconocer, crear y reconstruir entornos rela-

Doctora en Psicología del Aprendizaje Humano con especialización en Psicología del Deporte y la Actividad Física, y maestra en Psicología del Deporte y la Actividad Física por la Universidad Autónoma de Barcelona. Es académica en el ITESO.





cionales y convivenciales que, sin desconocer los conflictos inherentes a los procesos humanos, permitan encontrar caminos de encuentro en medio de los desencuentros, por más lastimosos que éstos sean.

Construir escenarios y comunidades de paz implicaría entender que se trata de un llamado a un proyecto amplio y complejo en el que se reconozcan su dimensión ética, política y pedagógica; se trabaje por el rechazo de todo tipo de violencia y se busque el desarrollo de competencias personales y sociales que nos lleven a reconocer los derechos humanos de todas las personas, a relacionarnos de manera cooperativa y respetuosa, y a visualizar formas alternativas para afrontar los conflictos.

En este escenario, el deporte se presenta como un ámbito que inherentemente puede reflejar, por un lado, estructuras de desigualdad, de violencia y de discriminación que históricamente se han instalado en la sociedad, constituyéndose, en este sentido, como un reflejo de aquello que se vive y se transmite de manera simbólica en los campos de juego. Pero también resulta una vivencia altamente poderosa para encarnar, en contraste, muchas de las virtudes humanas, tal como lo expresó el papa Francisco durante la Cumbre Internacional «Deporte para todos», celebrada en el Vaticano en 2022: «La Iglesia está cerca del deporte, porque cree en el juego y en la actividad deportiva como lugar de encuentro, de formación de valores y de fraternidad».

Hoy tenemos la gran necesidad de una pedagogía de la paz, como precisó el papa Francisco, «de fomentar una cultura de la paz, partiendo de las relaciones interpersonales cotidianas y llegando a las relaciones entre pueblos y naciones. Si el mundo del deporte transmite unidad y cohesión, puede convertirse en un formidable

aliado para construir la paz». De esta manera, resaltó de forma clara cómo el deporte puede ser un símbolo de unidad para la sociedad en la medida en que es una experiencia capaz de generar integración, cohesión y enviar un mensaje de concordia y paz.

El deporte está presente en casi todos los territorios humanos. Se juega en las calles, en los barrios, en los patios de escuela, en grandes estadios y en rincones donde las condiciones de vida parecen invitar a la desolación. Tiene la capacidad de mover cuerpos, voluntades, emociones e identidades; reúne a personas que, en otras situaciones, difícilmente coincidirían. En este sentido, aparece como una de las actividades humanas con mayor capacidad para convocar al encuentro; por ello, reconocer al deporte como un crisol donde las personas, independientemente de sus creencias, tradiciones, orígenes o valores, pueden congregarse de manera armónica, no es casual.

Desde un punto de vista social, es considerado más que una simple actividad humana; es todo un fenómeno social que no sólo convoca a quienes lo practican, sino también a un sinnúmero de personas que, como aficionados y espectadores, permanecen atentos a lo que ocurre con sus equipos y figuras deportivas. Constituye un instrumento en el que se proyectan deseos, anhelos, alegrías e identidades. No en vano los deportistas se han convertido en referentes no sólo de una disciplina deportiva, sino en voces de opinión que influyen de manera significativa en la construcción de imaginarios sociales, en la configuración de valores y en la comprensión de cómo las personas habitan una vida en común.

De este modo, el deporte, además de ser una fuente de inspiración y motivación, se con-



Foto: © Pierluigi Palazzi, Cathopic

vierte en una herramienta con posibilidades únicas para la educación pública y la movilización social. Este potencial ha sido ampliamente reconocido por distintos organismos internacionales que han subrayado su valor

como medio para el desarrollo y la construcción de paz, posicionándolo progresivamente como un campo relevante dentro de las iniciativas y estrategias orientadas a mejorar las condiciones de vida en la sociedad.





En esta misma línea, es posible identificar antecedentes significativos que dan cuenta de cómo el deporte es considerado, además, un derecho humano. En la Carta Internacional de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) de 1978, a la que han seguido diversos pronunciamientos y acciones que refuerzan su papel en la agenda global, se destaca la declaratoria por parte de la Asamblea General de las Naciones Unidas del 6 de abril como Día Internacional del Deporte para el Desarrollo y la Paz, así como su creciente incorporación como facilitador clave en varios de los Objetivos de Desarrollo Sostenible.

Así, el deporte para el desarrollo y la paz ha ido configurándose como un ámbito amplio y multidimensional, atravesado por diversos grados de experiencia que reflejan la complejidad de los desafíos contemporáneos. Desde la protección de la infancia y la promoción de entornos seguros hasta la construcción de ciudadanía y prácticas democráticas, el deporte se presenta como un espacio donde se ensayan formas de convivencia y participación. Asimismo, su potencial se extiende a la inclusión de personas con discapacidad, la atención psicosocial en contextos de desastre y el acompañamiento a poblaciones en situación de desplazamiento forzado, donde el juego y la actividad física pueden convertirse en vehículos de recuperación y reconstrucción de sentido y del tejido social. A ello se suman dimensiones como el desarrollo económico, la equidad de género, la salud física y mental, así como la sostenibilidad ambiental, que evidencian la capacidad del deporte para incidir en múltiples esferas de la vida humana y social.

En esta línea, se encuentran diversos momentos en la historia que han trascendido a los

tratados o declaratorias y se han hecho vida en contextos concretos, dejando huella en distintas comunidades. Probablemente uno de las más conocidas por su impacto y difusión fue la encabezada por Nelson Mandela al asumir la presidencia de Sudáfrica, en un momento profundamente sensible tras el fin del Apartheid. En medio de un país atravesado por la división y la desconfianza, Mandela encontró en el rugby algo más que un deporte; vio en él una posibilidad de enviar un mensaje de reconciliación. En el marco de la Copa Mundial de Rugby de 1995, de la cual Sudáfrica fue sede, se convocó a la población a reconocerse como un mismo equipo, a mirar más allá de las heridas históricas y a ensayar, aunque fuera por un momento, una forma distinta de estar juntos. No resolvió el conflicto de fondo, pero sí abrió algo profundamente valioso: la posibilidad de comenzar a habitar desde otra perspectiva, que mirara en clave de unión en torno a un propósito común, de reconocimiento mutuo e identidad compartida.

Existen otras iniciativas que, en años recientes, han abrazado un llamado semejante. En países como Ruanda, Burundi y República Democrática del Congo experiencias deportivas como los *Friendship Games* han reunido a jóvenes provenientes de comunidades marcadas por conflictos armados, generando, a través del juego, espacios de encuentro que favorecen la convivencia, la confianza y la reconstrucción del tejido social.

De manera similar, en países de Centroamérica, como Honduras y Costa Rica, la UNESCO impulsó en 2020 una campaña regional dirigida a jóvenes atletas, especialmente mujeres y poblaciones en contextos de vulnerabilidad, con el propósito no sólo de promover la actividad física, sino de visibilizar el deporte como una herramienta de empoderamiento.



“ *Entender al deporte desde una perspectiva de construcción de paz requiere ir más allá de una narrativa meramente esperanzadora*”.

to, inclusión y construcción de paz desde lo comunitario. A través de testimonios y experiencias compartidas la iniciativa logró fortalecer el sentido de pertenencia y proyectar al deporte como un espacio de esperanza y solidaridad.

Sin embargo, más allá de estas experiencias y potencialidades, asumir que el deporte es una herramienta profundamente transformadora implica un riesgo: el de simplificar su complejidad y sobreestimar sus efectos. Si bien el deporte posee características que pueden favorecer el desarrollo social, no es en sí mismo un dispositivo de cambio. Su potencial transformador no reside únicamente en sus propiedades intrínsecas, sino en las condiciones bajo las cuales se diseña, se instrumenta y, especialmente, se vive y experimenta. En este sentido, el deporte no debe entenderse como una solución automática a problemáticas sociales, sino como un medio cuya efectividad depende de la intencionalidad pedagógica, la calidad de los procesos de enseñanza–aprendizaje que lo acompaña y, de manera muy clara, la relación que se establece con adultos significativos como entrenadores, *staff* técnico, padres de familia o directivos.

Por ello, entendemos que el deporte genera en sí mismo una tensión fundamental. Por

una parte, puede, como ya se ha mencionado, ser un poderoso catalizador para favorecer la inclusión. Pero también puede promover la exclusión; puede contribuir a la paz, pero también puede reproducir formas de violencia. Puede educar, pero también es capaz de reforzar las desigualdades y reproducir marcos sociales de inequidad. Si no se cuidan los marcos éticos en los que se lleva a cabo la actividad deportiva sus espacios pueden convertirse en escenarios donde se legitiman dinámicas de competencia desmedida, entrenamientos que dejan de lado a la persona para buscar la perfección del gesto técnico y físico, sin cuidar la integridad y la salud, para pensar que todo es válido y justificado en aras de un resultado deportivo. Por ello, el desafío no radica únicamente en promover el acceso al deporte, sino en transformar las formas en que éste es concebido y practicado.

Por tanto, entender al deporte desde una perspectiva de construcción de paz requiere ir más allá de una narrativa meramente esperanzadora. Significa trabajar desde los diferentes frentes para hacer realidad su potencial. Desde el punto de vista político, los gobiernos y los organismos que rigen el deporte a escala global deben asegurar el acceso a una práctica segura, digna y equitativa, que cuide los reglamentos y favorezca una conducta ética y humana. En el ámbito educativo, las instituciones deben formar profesionales del deporte capaces de promover pedagogías que impulsen el desarrollo positivo de sus participantes, que vean en cada practicante un potencial no sólo físico–técnico, sino una persona que, a través del deporte, se conoce, se reta, se cuida, se levanta y se encuentra con otros. Que busca en cada entrenamiento la oportunidad de escuchar al otro, de aceptar las reglas, de asumir responsabilidades, de gestionar conflictos y de






“ Sólo haciéndonos conscientes de que la paz nos corresponde a todos, de que existen múltiples caminos para construirla y de que el deporte puede y debe ser uno de ellos, es posible imaginar que la actividad deportiva pueda fungir como un campo verdaderamente rico en experiencias”.

reconocer las diferencias como una riqueza y no como una amenaza.

Los clubes y las instituciones deportivas también están llamados a comprender su papel en este gran proyecto. Son los dirigentes quienes tienen la posibilidad de imprimir entornos formativos que, sin desconocer la dimensión competitiva y agonística propia del deporte, den cabida al diseño de experiencias que transiten de lo técnico a lo humano, de lo competitivo a lo cooperativo, de lo individual a lo colectivo. Comprender que en este camino no sólo los entrenadores son piezas clave, sino también las madres y padres de familia que acompañan, orientan y guían, y que en muchos casos invierten tiempo, recursos y vida familiar en el desarrollo deportivo de sus hijos, resulta fundamental. Ellos también necesitan acompañamiento, formación y soporte en este proceso, y muchas veces no son lo suficientemente vistos y reconocidos.

Los mismo atletas y deportistas tienen un papel notable en la labor de engrandecer el alcance del deporte. Su voz, su ejemplo y sus hazañas pueden inspirar y modelar formas de ser y de proceder no sólo motivando sujetos, sino naciones. Esta fuerza puede ser empleada para desactivar estereotipos, modelar conductas de deportividad y respeto y alzar la voz ante injusticias y antivalores que pueden estar presentes en el entorno deportivo.

Sólo haciéndonos conscientes de que la paz nos corresponde a todos, de que existen múltiples caminos para construirla y de que el deporte puede y debe ser uno de ellos, es posible imaginar que la actividad deportiva pueda fungir como un campo verdaderamente rico en experiencias que generen nuevas formas de relación y convivencia, al promover competencias que trasciendan la cancha, como la empatía, la cooperación y el desarrollo moral y del carácter.

Para finalizar, la invitación que se desprende de pensar al deporte desde una lógica de desarrollo y construcción de paz no apunta únicamente a grandes políticas o a iniciativas de alcance global, sino a comenzar por lo cercano, por lo cotidiano, por aquellos espacios en los que la vida se teje cada día. Implica hacer de lo próximo algo distinto a lo que muchas veces nos presenta la realidad; un entorno marcado por la desconfianza, la violencia o la indiferencia. Apostar por un deporte orientado hacia la paz es, en el fondo, apostar por la posibilidad de habitar el mundo de otra manera. No como un ideal lejano, sino como una práctica concreta que se encarna en lo cotidiano. Es reconocer que, aun en medio de contextos complejos, existen espacios donde es posible ensayar formas distintas de encontrarnos en el camino y transformar los vínculos desde los que construimos comunidad. 



ENTRE EL VICIO Y LA VIRTUD: EL DEPORTE COMO CAMPO DE DISCERNIMIENTO

Alban Zohn

Competencia y vicio

Durante el Mundial de 2014 Arjen Robben, de los Países Bajos, empujó el balón más allá de Rafa Márquez, de México, quien estiró la pierna y, en esa fracción de segundo, Robben simuló una falta, obteniendo el penal que dio la victoria, un momento inmortalizado como «no era penal». Ejemplos de comportamiento poco ético son abundantes en el deporte. Diego Maradona anotó el infame gol de «la Mano de Dios» en 1986. Luis Suárez ha mordido rivales en múltiples ocasiones, ganándose el apodo de «el Caníbal». Lance Armstrong y otros ciclistas recurrieron al dopaje para mejorar su rendimiento. En casos más graves la desviación adopta formas extremas. La patinadora estadounidense Nancy Kerrigan fue agredida en un intento de excluirla de los Juegos Olímpicos de 1994, en un complot para beneficiar a Tonya Harding. El futbolista colombiano Andrés Escobar fue asesinado

Es investigador y docente en justicia penal, cuyo trabajo se centra en la integridad deportiva y la delincuencia en el deporte. Futbolista semiprofesional, examina cómo el deporte de competición puede, por un lado, contribuir a las conductas indebidas y, por otro, servir como espacio para el desarrollo moral.

tras el Mundial de 1994 por su autogol. En la gimnasia estadounidense, muchas atletas guardaron silencio sobre los abusos de Larry Nassar por temor a perder oportunidades olímpicas.

El énfasis estructural del deporte en la victoria ayuda a explicar estos comportamientos. Los atletas suelen justificar sus acciones como necesarias para el éxito competitivo. El engaño, la intimidación, las burlas, el racismo, el acoso y la violencia se normalizan como expresiones de «competitividad», lo que explica por qué a menudo no se sancionan. Incluso los casos más graves muestran cómo la obsesión por ganar puede derivar en delitos que van más allá de la integridad deportiva. Este fenómeno no se limita al deporte de élite. Pensemos en el padre que nunca usaría la violencia en su hogar, pero que cada fin de semana agrede a otros jugadores en ligas *amateur*. Incluso juegos de mesa como Monopoly pueden generar conductas que dañan relaciones personales. La competitividad, en cualquier ámbito, parece tener un efecto corruptor que facilita la justificación de estas conductas.

Johan Huizinga y otros ludólogos describen el deporte como un «círculo mágico», un espacio



separado donde se adoptan normas distintas a las de la vida cotidiana. Dentro de este ámbito, conductas inaceptables fuera de él pueden parecer legítimas. Por ejemplo, gritarle a un niño es reprochable en la vida diaria, pero puede tolerarse si lo hace un entrenador. Esta lógica, orientada a la excelencia competitiva, oscurece la importancia del juego limpio: el fin justifica los medios. La naturaleza adversarial de la competencia puede dañar la autoestima de los perdedores, fomentar la arrogancia en los ganadores y promover el egoísmo. En este contexto, algunos competidores abandonan el juego limpio y recurren al engaño o la violencia. Por ello, los críticos sostienen que el deporte competitivo puede fomentar vicios morales que perjudican tanto a los individuos como a la sociedad.

Cultivar la sabiduría práctica

Estos críticos pasan por alto el potencial del deporte. Aristóteles explicó que cultivar rasgos como el coraje y la templanza, las virtudes morales, conduce a una vida buena. Aunque no es una tarea sencilla, existe una clara conexión entre su desarrollo y la competencia atlética. El deporte competitivo ofrece a los atletas una oportunidad para formar su carácter al resistir la tentación de comportamientos poco éticos que podrían mejorar sus posibilidades de ganar. La presión de la competencia obliga a tomar decisiones entre distintos caminos. Perder el control ante un oponente pone a prueba la templanza; el miedo al fracaso, el coraje; la lesión y la derrota, la perseverancia. Ahí radica su valor: el deporte es un campo de prueba moral en el cual el vicio crea oportunidades para la virtud. Algunos atletas, como Arjen Robben y Diego Maradona, fallan estas pruebas y sucumben a la tentación. Otros, en cambio, las superan y cultivan virtudes que conducen a una vida más plena.

Tomemos el ejemplo de la *phronesis*, o Sabiduría Práctica (SP). Esta virtud es fundamental para el florecimiento humano; sin ella, las demás son inalcanzables. Una persona con SP comprende el propósito de una actividad, sabe improvisar, empatizar y armonizar emoción y razón. Implica la capacidad y la voluntad de tomar decisiones moralmente correctas y de discernir el equilibrio entre virtud y vicio. En muchos sentidos, esto refleja la tradición jesuita del discernimiento. Arraigado en los Ejercicios Espirituales de san Ignacio, no consiste sólo en elegir entre lo correcto y lo incorrecto, sino en navegar situaciones complejas en las que se ponderan bienes, emociones y contextos. Como la SP, exige reflexión, autoconciencia e integración de razón y afecto, invitando a interpretar la experiencia y actuar en función del «mayor bien» (*magis*). Asimismo, la SP se relaciona con la *cura personalis*, el cuidado integral de la persona. Actuar con sabiduría no es sólo decidir correctamente, sino comprender a los demás en su dignidad y circunstancias. Esto refleja la visión jesuita de que la acción moral no se reduce a reglas rígidas, sino que responde a realidades concretas.

Un atleta con SP reconoce que el fin no justifica los medios y que el comportamiento poco ético no puede justificarse en nombre de la victoria. Comprende que ganar haciendo trampa vacía de sentido el logro y, por ello, cultiva la voluntad de abstenerse. La SP, como toda virtud, surge de la experiencia, mediante ensayo y error, más que de reglas. Se desarrolla en momentos de decisión moral que realmente ponen a prueba a la persona. La competencia crea un entorno donde elegir correctamente implica consecuencias reales.

La vida moderna ofrece pocas oportunidades para poner a prueba nuestros límites y formar el carácter. Dentro del «círculo mágico» del de-



porte las decisiones morales importan, aunque fuera de él parezcan triviales. Aunque el deporte es menos trascendente que ámbitos como los negocios, el derecho o la guerra, los atletas lo viven con gran intensidad. Mantener esta doble perspectiva es clave: reconocer su carácter limitado sin dejar de tomarlo en serio. Ésta es la actitud del «competidor irónico», que compite con máxima seriedad sin perder de vista la naturaleza del juego. Esto es esencial para el desarrollo de la SP, ya que las emociones deben ser lo suficientemente significativas como para generar experiencias formativas.

Para estos competidores irónicos el deporte ofrece oportunidades de adquirir SP con riesgos relativamente menores que en otras actividades. En ámbitos como los negocios, el derecho o la guerra lo que está en juego es mayor y las segundas oportunidades son escasas; las consecuencias pueden ser desastrosas. El deporte también lleva al atleta al límite físico y mental, pero con menor costo y posibilidad de redención. Ante la dificultad, el atleta reconoce sus límites, aprende de la experiencia y se prepara para afrontarlos nuevamente. Este ciclo de error y mejora, en el que se ponen a prueba nuestras limitaciones, conecta el deporte con el esfuerzo humano por superarse.

Objeciones y respuestas

La primera objeción plantea que las virtudes pueden ser específicas de un ámbito. Incluso si el deporte competitivo promueve la SP cabe cuestionar si ésta se transfiere a la vida fuera del «círculo mágico». Un atleta puede actuar éticamente en el deporte y, sin embargo, comportarse de forma reprochable como padre o esposo.

Sin embargo, este argumento es poco convincente en el caso de la SP. No es sólo la capaci-

“ El deporte deja de ser un espacio aislado y se convierte en un entorno formativo donde se practican decisiones difíciles bajo presión y se trasladan esos hábitos a la vida diaria”.

dad de seguir reglas, sino de discernir el bien en distintas situaciones y actuar en consecuencia. Quien la posee debería reconocer la acción correcta tanto en el deporte como en la vida cotidiana. Aquí la tradición jesuita ofrece una clave. A través de la reflexión y el discernimiento las personas aprenden a interpretar sus experiencias y a aplicar lo aprendido en distintos ámbitos. Así, el deporte deja de ser un espacio aislado y se convierte en un entorno formativo donde se practican decisiones difíciles bajo presión y se trasladan esos hábitos a la vida diaria. Un atleta que comprende no sólo qué es correcto, sino por qué, tiene más probabilidades de aplicar ese juicio como padre, amigo o ciudadano.

La segunda objeción es más difícil. Otras vías para desarrollar la virtud podrían ser más seguras, ya que el deporte tiende a marginar a quienes actúan moralmente. Consideremos a una atleta que deja de hacer trampa al desarrollar SP y reconocer que una victoria obtenida mediante el engaño no es verdadera. Sus compañeras la reprenderían, los entrenadores la reemplazarían por alguien dispuesto a ganar a cualquier costo y aficionados y patrocinadores se distanciarían.



Foto: © Nayarb Photography, Catholicic

Existen numerosos ejemplos de atletas castigados por actuar con virtud. Colin Kaepernick fue excluido de la Liga Nacional de Fútbol Americano tras protestar contra el racismo. Tommie Smith y John Carlos fueron expulsados de los Juegos Olímpicos de 1968 por protestar contra la injusticia racial. Naomi Osaka fue multada y criticada por priorizar su salud mental. En 2019 Marcelo Bielsa ordenó permitir un gol rival tras una jugada injusta, decisión criticada como ingenua y costosa. La presión por ganar puede ser tan fuerte que inhibe la acción moral y limita el crecimiento ético. La participación en el deporte puede depender de aceptar o realizar acciones inmorales, lo que ayuda a explicar la escasez de ejemplos de conducta ejemplar.

Esta objeción es convincente porque identifica correctamente la enorme presión dentro del deporte para priorizar la victoria por encima de la virtud. Sin embargo, ésta es precisamente la razón por la cual el deporte sigue siendo un espacio especialmente poderoso para la formación de la SP. La SP no se desarrolla en entornos donde la acción correcta es fácil o socialmente recompensada, sino en contextos en los que deben navegarse bien en competencia, incentivos y presiones. De hecho, la resistencia a la virtud dentro del deporte intensifica la necesidad de discernimiento. Un verdadero campo de prueba moral sólo lo es si los atletas están más tentados hacia el vicio que hacia la virtud, si se les empuja hacia un camino más fácil que implique fallas morales. El atleta que actúa correctamente, a pesar del riesgo de exclusión, demuestra valentía moral, un complemento esencial de la SP.

Desde una perspectiva jesuita, esta dinámica no es un defecto, sino una condición familiar de la vida moral. El discernimiento ignaciano



“ Los entornos que implican riesgos manejables ayudan a las personas a desarrollar el juicio, la resiliencia y la autorregulación, precisamente porque exigen enfrentarse a la incertidumbre”.

parte de la idea de que las personas encontrarán «apegos desordenados» y presiones externas que las alejan del bien. La tarea no consiste en evitar estos entornos, sino en aprender, mediante la reflexión y la práctica, a reconocer y resistir estas fuerzas. En este sentido, el deporte refleja el mundo en general. No es únicamente corruptor, sino también revelador. Otros entornos pueden parecer más «seguros», pero también pueden ser menos formativos. Un espacio que protege a las personas de la tensión moral corre el riesgo de producir individuos que conocen el bien en teoría, pero carecen de la capacidad de actuar en consecuencia. El deporte competitivo, con todas sus presiones, ofrece algo distinto: un ámbito vivido en el que las personas deben discernir, decidir y actuar constantemente en condiciones que se asemejan a los desafíos morales de la vida cotidiana.

Crear el entorno

Existen ciertas características del deporte que pueden fortalecer su papel como un espacio para cultivar y manifestar la virtud. Es importante destacar que estos cambios no requieren abandonar el carácter competitivo y de suma cero del deporte. Reducir la competencia, por ejemplo al no llevar la cuenta en edades tempranas, no necesariamente mejora el entorno. Estos espacios pueden ser más seguros y probablemente resulten en menos conductas indebidas. Por mencionar un caso, un partido informal sin

marcador elimina los dilemas de suma cero y reduce la posibilidad de enfrentar decisiones difíciles. Sin embargo, en este hecho el valor del deporte se ve disminuido precisamente porque es menos riesgoso. Ganar debe seguir siendo un propósito significativo del deporte para generar esas pruebas verdaderamente difíciles que estimulan el crecimiento moral; por lo tanto, el entorno deportivo debería mantenerse como un espacio potencialmente peligroso que, en ocasiones, fomente el vicio más que la virtud. Aunque esta conclusión puede parecer contraintuitiva, muchos académicos han destacado el valor del «juego arriesgado».

Las investigaciones sugieren que los entornos que implican riesgos manejables ayudan a las personas a desarrollar el juicio, la resiliencia y la autorregulación, precisamente porque exigen enfrentarse a la incertidumbre y a posibles consecuencias. De manera similar, los riesgos morales presentes en el deporte competitivo, en el que la tentación de actuar incorrectamente es real y significativa, crean las condiciones necesarias para el desarrollo de la SP.

Para mejorar las oportunidades de crecimiento moral en este entorno arriesgado es necesario reconocer que ganar es un propósito del deporte, pero uno en el que el fin no justifica los medios. Si el deporte ha de cultivar la virtud, los participantes deben entenderlo no sólo como una competencia de suma cero,






sino como una práctica orientada a la excelencia, al carácter y al respeto mutuo. En este sentido, el propósito del deporte se alinea con la educación jesuita en un sentido más amplio: la formación de personas capaces no sólo de alcanzar la excelencia, sino también de ejercer el discernimiento al servicio de los demás. Esto requiere reconocer la naturaleza moralmente desafiante del deporte, en la que los entrenadores y otros responsables deben hablar abiertamente sobre las tensiones éticas inherentes, en las que la decisión correcta no siempre es la más fácil ni la más recompensada. La idea común de que el deporte es inherentemente prosocial debe ser reemplazada por una comprensión compartida de que el deporte puede ser un espacio peligroso y potencialmente corruptor en términos morales. Reconocer estos riesgos es fundamental, ya que fomenta la formación de atletas que no solamente buscan rendir, sino también discernir, desarrollando hábitos de SP que se extienden mucho más allá del ámbito deportivo.

Una de las formas más efectivas de transformar esta comprensión es a través del modelaje de conducta. El desarrollo de la SP requiere orientación, retroalimentación y apoyo. Los entrenadores, los atletas de élite e incluso los aficionados desempeñan un papel formativo en la manera en que se entiende y se practica el deporte. Cuando las figuras influyentes premian la astucia deshonestas por encima de la integridad refuerzan una mentalidad limitada de ganar a toda costa. Por el contrario, cuando priorizan de manera visible la equidad, el respeto y la toma de decisiones reflexiva transmiten que la virtud es esencial para la competencia. Estos modelos a seguir deben reconocer el valor de las demostraciones de justicia, autocontrol y respeto hacia los oponentes, dado el impacto

que tienen en los jóvenes que participan en el deporte. Además, figuras como entrenadores o padres tienen la capacidad de crear espacios para la reflexión.

Inspirándose en la tradición jesuita, momentos estructurados de reflexión, ya sea mediante discusiones en equipo, retroalimentación del entrenador o evaluaciones personales, ayudan a los atletas a interpretar sus experiencias y a trasladar esas lecciones más allá del campo de juego. Por ejemplo, un entrenador que detiene la práctica para analizar una decisión polémica o una situación de juego injusto invita a los atletas a reflexionar no únicamente sobre lo que ocurrió, sino sobre lo que debería haber ocurrido.

Conclusión

El deporte competitivo no es inherentemente corruptor ni automáticamente virtuoso. Es un entorno moral exigente, que revela de manera particularmente vívida la tensión entre el vicio y la virtud. Cuando se aborda sin reflexión puede reforzar una búsqueda limitada de la victoria a expensas del carácter. Sin embargo, cuando se entiende como un espacio de discernimiento, reflexión y crecimiento ofrece una oportunidad única para cultivar la SP y las demás virtudes. En este sentido, el valor del deporte no reside simplemente en quién gana o pierde, sino en quiénes llegamos a ser a través de nuestra participación en este singular campo de prueba moral. Para quienes están dispuestos a involucrarse de manera reflexiva el deporte puede convertirse en un espacio formativo, capaz de preparar a las personas para afrontar las complejidades morales de la vida más allá del juego, y en una experiencia que interpela cómo nos relacionamos con nosotros mismos y los demás. 



DONDE EL CUERPO APRENDE A CONVIVIR: DEPORTE, COMUNIDAD Y ESPERANZA

Guillermo Dellamary Toral

Hay actividades humanas que, aun en su apariencia más sencilla, esconden una pedagogía profunda para la vida. El deporte es una de ellas. A primera vista parece sólo esfuerzo físico, disciplina, destreza, velocidad, fuerza o resistencia, pero cuando se le mira con mayor hondura aparece como una de las más bellas y completas escuelas de humanidad que hemos inventado. No se trata únicamente de correr más, saltar más alto, lanzar más lejos o vencer a un adversario. Se trata, sobre todo, de aprender a estar con otros bajo reglas compartidas, a descubrir que el talento no nos autoriza a despreciar a nadie y a comprender que la excelencia personal alcanza su verdadera dignidad cuando se pone al servicio de una convivencia más noble.

El deporte, bien entendido, no es una fábrica de egos sino un taller del carácter. No es una guerra encubierta ni un simple escape de vanidades musculares. Es una forma civilizada, intensa y luminosa de confrontar nuestras capacidades frente a otros que tam-

bién sueñan, se preparan, se sacrifican y desean demostrar lo que son. En este sentido, el viejo espíritu olímpico conserva una vigencia extraordinaria. Cuando decimos que lo importante no es ganar, sino competir, no estamos exaltando la mediocridad ni negando el valor del triunfo; estamos recordando algo más serio: que el camino hacia la verdad del rendimiento pasa por la prueba objetiva, no por la autosugestión narcisista.

Porque cualquiera puede sentirse el mejor en la comodidad de su imaginación. Lo difícil es demostrarlo frente a quienes también se creen llamados a la cumbre. Ahí el deporte introduce una lección de humildad y de realismo. Nos saca del territorio cómodo de la subjetividad y nos lleva a un escenario donde el cuerpo, la mente, la voluntad y la disciplina hablan con hechos. Competir es aceptar que nuestra opinión sobre nosotros mismos no basta. Es someternos libremente a una verificación. Es entrar a un estadio donde el cronómetro, la ejecución, el marcador, el reglamento y el desempeño concreto nos ayudan a distinguir entre fantasía y realidad.

Por eso competir no debería ser entendido como un acto hostil, sino como una forma ele-

Escritor, filósofo y psicólogo. Enfocado en la psiquiatría, el deporte, el movimiento olímpico, el desarrollo del talento y la excelencia humana.



“ *Competir no debería ser entendido como un acto hostil, sino como una forma elevada de sinceridad*”.

vada de sinceridad. El adversario no aparece ahí para destruirme, sino para ayudarme a descubrir quién soy y hasta dónde puedo llegar. En el fondo, el contrincante se convierte en un colaborador secreto de mi crecimiento. Gracias a él, mi esfuerzo se afina, mi orgullo se corrige y mis límites se revelan. El rival serio nos hace un bien que a veces no sabemos agradecer: nos impide vivir engañados. Nos arrebató la ilusión de una superioridad imaginaria y nos obliga a encarnar, con trabajo y disciplina, aquello que decimos ser.

Ésa es una de las grandezas morales del deporte. Nos enseña a medirnos sin odio. Nos invita a buscar la excelencia sin necesidad de envilecer al otro. Nos recuerda que el triunfo auténtico no necesita humillación ajena para sentirse pleno.

En una época en la que abundan las comparaciones tóxicas, los aplausos vacíos y las reputaciones infladas por la propaganda el deporte sigue siendo uno de los pocos territorios donde la verdad del desempeño puede observarse con relativa limpieza. Allí no basta con declararse brillante; hay que demostrarlo. Y si no se puede, hay que volver a entrenar. Hay pocas lecciones más sanas que ésta para fomentar la vida social.

Sin embargo, el deporte no se agota en la competencia como prueba objetiva. Su valor más hondo quizás radica en que convierte esa prueba en una experiencia compartida. Nadie compite en el vacío. Siempre hay jueces, entrenadores, compañeros, rivales, público,

reglamentos, tradiciones, símbolos y espacios comunes. El deporte, como lo es el fútbol, es una coreografía de interdependencias. Hasta el atleta más individual está sostenido por una red humana que lo forma, lo acompaña y lo reta. Y esa red, cuando se vive con madurez, va construyendo comunidad.

Por eso hablar de deporte es hablar de convivencia y socialización. Un niño que entra a una cancha o a una pista no sólo aprende a usar su cuerpo: aprende a esperar turnos, a respetar límites, a tolerar frustraciones, a aceptar correcciones, a confiar en un compañero, a reconocer la autoridad legítima, a perder sin llorar y a ganar sin creerse mucho. Aprende algo todavía más importante: que hay otros. Y que esos otros no son un estorbo, sino parte del juego mismo de la existencia. En el deporte uno descubre pronto que no se puede hacerlo todo solo. A veces el otro me pasa el balón; a veces me bloquea el paso; a veces me derrota; a veces me enseña. Pero siempre me obliga a salir de mi encierro.

En este punto el ideal del *fair play* (juego justo) adquiere una belleza particular. El juego limpio no es un adorno moral ni una cortesía superficial para las ceremonias. Es una filosofía práctica del respeto. Significa reconocer que el valor de la competencia depende de que todos aceptemos las mismas reglas, de que nadie pretenda obtener ventaja mediante la trampa, la agresión ruin, el engaño o la corrupción del espíritu deportivo. El *fair play* protege la dignidad del esfuerzo. Hace posible que el resultado sea creíble y



Foto: © Nicolás Núñez LC, Cathopic

que el vínculo humano sobreviva a la intensidad del enfrentamiento. Sin juego limpio, el deporte se degrada en teatro del cinismo. Con juego limpio, en cambio, se convierte en una escuela de honor.

Cumplir los reglamentos y protocolos deportivos no es, por tanto, una carga burocrática. Es aceptar una gramática común para que la fuerza no sustituya a la justicia y la pasión no destruya la convivencia. Las reglas son, en el fondo, puentes invisibles. Gracias a ellas el deseo ardiente de superarse no se convierte en barbarie. Ellas contienen, encauzan, ordenan. Y esa capacidad de someter el impulso a una norma libremente aceptada tiene un inmenso valor para nuestra civilización. Una sociedad

que desprecia las reglas del juego termina extraviándose en la arbitrariedad. Un deportista que aprende a honrar los límites, en cambio, está ensayando una virtud útil para toda la vida pública.

Tal vez por eso el deporte posee una fecundidad social tan grande. Allí donde se practica con autenticidad, florecen hábitos que fortalecen el tejido comunitario. La confianza nace cuando los participantes saben que compiten en un marco justo. La tolerancia se fortalece cuando convivimos con personas distintas que comparten nuestra misma pasión por mejorar. La no discriminación deja de ser un discurso abstracto cuando en la cancha lo que vale es la capacidad, el compromiso y la





nobleza del desempeño, no el origen social, la nacionalidad, la raza, la lengua o la creencia. El deporte, bien conducido, nos enseña a mirar primero al ser humano y su esfuerzo, antes que a sus etiquetas.

Esta verdad resplandece con especial fuerza en los Juegos Olímpicos. Mucho se admira el estadio, la ceremonia, la pista, la alberca, el podio, y con razón: allí se concentra la intensidad visible del espectáculo deportivo. Pero el corazón humano de unos Juegos no está solamente en esos escenarios; el verdadero centro neurálgico para los atletas suele ser otro: la villa olímpica. Allí, en los dormitorios, en los comedores, en los pasillos, en los espacios de encuentro y conversación ocurre un milagro silencioso que rara vez aparece completo en las cámaras. Allí se cruzan acentos, historias, hábitos, risas, nervios, rituales previos a la competencia, cansancios compartidos y pequeñas escenas de una fraternidad improbable.

La villa olímpica es una metáfora habitada de lo que la humanidad podría ser. Personas formadas en sistemas distintos, provenientes de geografías lejanas y marcadas por costumbres diversas logran convivir bajo un mismo techo simbólico sin anular sus diferencias. Nadie deja de ser quien es, pero todos aceptan participar de una casa común. Allí se descubre que el extranjero no tiene por qué ser amenaza. Puede ser compañero de mesa, vecino de habitación, interlocutor curioso, testigo de nuestro esfuerzo y, en ocasiones, incluso amigo. El mundo, tan inclinado a levantar murallas físicas o mentales, encuentra en ese espacio una imagen inversa: la posibilidad concreta de convivir sin prejuicios.

Hay una pedagogía de paz en esa cercanía cotidiana. Cuando el otro deja de ser una abstracción y se vuelve rostro, gesto, voz, cansan-

cio, sonrisa, saludo en el elevador o presencia discreta en el comedor, resulta más difícil odiarlo. La convivencia deportiva humaniza, reduce prejuicios, desmonta caricaturas. Nos recuerda que detrás de cada bandera hay una persona que siente presión, esperanza, miedo, ilusión y deseo de dignidad. El deporte, en este sentido, no elimina los conflictos del mundo, pero sí ofrece un lenguaje que los modera y una experiencia que los relativiza. Nos deja ver que la competencia no obliga a la enemistad, y que la diferencia no tiene por qué desembocar en discriminación.

Ésta es una enseñanza urgente para nuestro tiempo. Vivimos rodeados de polarizaciones, simplificaciones ideológicas y discursos que fragmentan. Se exalta la identidad como trinchera y se olvida con facilidad la condición compartida. El deporte propone una lógica distinta. Permite afirmar la identidad sin negar la común humanidad. Uno compite por su equipo, su club, su ciudad o su nación, sí, pero lo hace dentro de una estructura que reconoce al rival como parte indispensable del mismo juego. No hay partido sin contrincante. No hay torneo sin pluralidad. No hay grandeza propia si no existe otro grande frente a quien medirse. Esa conciencia debería bastar para volvernos más prudentes, más respetuosos y más civilizados.

Desde la psicología del deporte esto resulta aún más evidente. Un atleta maduro no sólo entrena músculos o técnicas; entrena también la relación con la ansiedad, el respeto a la frustración, la tolerancia al error, la administración emocional bajo presión y la disposición para convivir con compañeros y oponentes en contextos de máxima exigencia. El deporte forma una mente resistente, pero también una mente relacional. La verdadera fortaleza no es la rigidez del soberbio, sino la



estabilidad interior del que puede competir intensamente sin descomponerse moralmente. Ahí comienza una ciudadanía emocional de gran valor: aprender a luchar con vehemencia sin caer en el desprecio; aprender a desear la victoria sin perder la decencia.

La filosofía del deporte, por su parte, nos recuerda que toda competencia auténtica contiene una promesa ética. No basta con tener un cuerpo preparado; hace falta un alma educada en el sentido del límite, del esfuerzo y del respeto. El atleta no es sólo alguien que ejecuta; es alguien que encarna. En cada gesto deportivo aparece una cierta visión del ser humano. Puede aparecer la visión del hombre como depredador narcisista que sólo busca imponerse, o puede aparecer la visión del ser humano como creador de excelencia compartida, capaz de superarse sin envilecer, de afirmar su valor sin negar el del otro. Esa segunda visión es la que más honra el espíritu olímpico y la que más necesita el mundo contemporáneo.

Cuando el deporte conserva esa brújula se convierte también en generador de esperanza social. Allí donde hay barrios fracturados, juventudes dispersas, familias heridas o comunidades sin horizonte, una cancha, una pista o un gimnasio pueden convertirse en pequeños laboratorios de reconstrucción. El deporte ordena energías, ofrece pertenencia, regala disciplina y abre la posibilidad de un nosotros. A muchos jóvenes los salva primero el ritual del entrenamiento antes que cualquier discurso. Llegan por el juego y se quedan por el sentido. Descubren horarios, metas, maestros, compañeros, límites y reconocimiento. A través de una rutina física comienzan a recuperar una arquitectura interior.

La esperanza no siempre llega con grandes manifestos. A veces entra sudando, con te-

“ *No basta con tener un cuerpo preparado; hace falta un alma educada en el sentido del límite, del esfuerzo y del respeto*”.

nis desgastados, con un balón bajo el brazo o con una mochila humilde al hombro. A veces empieza cuando alguien encuentra un lugar donde su energía no es condenada ni desperdiciada, sino orientada. El deporte ofrece esa posibilidad. Le dice al cuerpo: no eres un estorbo. Le dice a la voluntad: puedes entrenarte. Le dice a la convivencia: no todo encuentro humano tiene que ser amenaza. Le dice a la comunidad: todavía es posible construir algo juntos si aceptamos reglas, disciplina y respeto. En ese sentido, el deporte es un arte de la esperanza encarnada.

Por supuesto, nada de esto ocurre automáticamente. El deporte también puede pervertirse cuando se subordina al negocio sin alma, al nacionalismo agresivo, al dopaje moral o químico, a la violencia en las tribunas o a la obsesión ciega por ganar a cualquier costo. Cuando eso sucede, traiciona su promesa educativa, pero precisamente por eso vale la pena defender su mejor esencia. No para idealizarlo ingenuamente, sino para cuidarlo como uno de los pocos espacios donde todavía podemos ensayar una convivencia exigente y noble al mismo tiempo. El deporte no es perfecto, pero sí es un terreno privilegiado para recordar lo que podríamos llegar a ser.

Conviene insistir, entonces, en el sentido profundo de aquella afirmación: lo importante no





es ganar, sino competir. No porque da lo mismo vencer que perder, no porque el resultado carezca de importancia, sino porque el verdadero valor del deporte comienza antes del podio. Comienza cuando aceptamos entrar a la prueba con honestidad, someternos a las reglas comunes, reconocer la dignidad del rival y medirnos con la realidad. Ganar es hermoso cuando corona un proceso limpio, pero competir dignamente ya es, en sí mismo, una victoria de la civilización sobre la barbarie, de la disciplina sobre el capricho, de la verdad sobre la fantasía y del respeto sobre la soberbia.


Quizá por eso los grandes encuentros deportivos conmueven tanto cuando se viven con autenticidad. No sólo vemos cuerpos en acción; vemos una versión condensada de la humanidad buscándose a sí misma. Vemos pueblos distintos saludarse sin dejar de competir. Vemos a hombres y mujeres empujando sus límites personales mientras aceptan que el otro tiene derecho a intentar lo mismo. Vemos la posibilidad de una rivalidad sin odio y de una identidad sin desprecio. Vemos, en suma, una imagen de paz dinámica: no la paz inmóvil del silencio vacío, sino la paz viva que puede existir entre personas intensas, diferentes y apasionadas que han aprendido a jugar bajo la misma luz.

Ésa es la herencia más valiosa del deporte y del movimiento olímpico. No sólo produce campeones; produce símbolos de convivencia. No sólo genera marcas; genera puentes. No sólo organiza competencias; organiza encuentros humanos en los que la diferencia se vuelve ocasión de respeto y no de ruptura. En un mundo herido por la sospecha, la segregación y el enfrentamiento constante el deporte sigue ofreciendo una lección sobria y luminosa: podemos esforzarnos al máximo sin destruirnos, podemos buscar la excelencia sin deshumani-



Foto: © Nayarb Photography, Cathopic

zarnos, podemos defender nuestros colores sin negar la dignidad de los demás.

Al final, el deporte nos recuerda una verdad sencilla y alta: el ser humano no nació únicamente para imponerse, sino también para convivir. Y acaso una de las formas más bellas de demostrarlo sea ésta: correr, luchar, jugar, saltar, nadar, caer y levantarse frente a otros, con otros y, en cierto sentido, gracias a otros. Allí, en esa mezcla de desafío y respeto, de intensidad y amistad, de reglamento y libertad, de esfuerzo y encuentro, se revela uno de los rostros más esperanzadores de nuestra especie. El deporte, cuando es fiel a su alma, no sólo fortalece el cuerpo: teje comunidad, ennoblece la competencia y le habla a la historia que la paz también puede entrenarse. 



FUTBOL, EL DEPORTE QUE LOS JESUITAS HICIERON POSIBLE

Miguel Ángel Lara Hidalgo

Introducción

¿Y si el fútbol global no nació en los campos de Inglaterra sino en las selvas de Sudamérica? ¿Y si los jesuitas no sólo fueron testigos sino también mediadores y más tarde constructores de una forma de integración pedagógica que terminó por convertirse en un instrumento de formación? Tal vez por eso persiste en esas tierras una especie de memoria del juego: una intuición, casi un gen para habitar el deporte de deportes: el fútbol.

¿Y si ponemos en diálogo la *Ratio Studiorum* (el plan oficial de estudios de la Compañía de Jesús publicado en 1599) con el *manga ñembosarái*, aquel juego de destreza guaraní que utilizaba una pelota de caucho extraída de la savia de los árboles? Éste no era un juego regido por normas escritas, sino por el cuerpo: por su dimensión técnica, antropológica y simbólica.

Comunicólogo y maestrante en Antropología Social por la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México. Especialista en fútbol formativo; como académico y gestor deportivo combina docencia, investigación y relaciones públicas en proyectos de formación y profesionalización del deporte.

Desde el siglo XVII, en las reducciones de la selva guaraní, los jesuitas contribuyeron a dar forma a una práctica en la que distintas culturas se encontraban y se reconocían como comunidad. Ganaba quien resistía más: quien lograba permanecer de pie tras largos periodos dominando y pateando la pelota. Sí, se jugaba únicamente con el pie.

El *manga ñembosarái*, documentado por la Compañía de Jesús a través de la etnografía espiritual de José Cardiel, S.J., introdujo la dinámica de la velocidad y el rebote, lo que obligó a desarrollar la técnica de recepción y el pase corto. Sin la resina guaraní el fútbol actual sería un juego de choque y no de habilidad.

Éste no es un dato menor: refleja la calidad del balompié sudamericano que sorprendió a Europa en los Juegos Olímpicos de París 1924 y Ámsterdam 1928, donde Uruguay se consagró campeón en ambas justas. De ese mismo impulso nacen tres de los grandes nombres de la historia: Edson Arantes Do Nascimento, «Pelé»; Diego Armando Maradona y Lionel Messi. ¿Estamos ante un supuesto «gen» brasileño-argentino y el origen de la gambeta? ¿O frente a una genealogía que durante mucho tiempo preferimos no ver?



La reflexión es fundamental porque el *manga ñembosarái* es el eslabón perdido que investigadores jesuitas e italianos, entre los que se encuentran el padre Bartomeu Melià, S.J., y el historiador Giampaolo Romanato, han hecho saber a la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA), y que es importante para entender lo que significa el fútbol en la vida de los casi ocho mil millones de personas que habitan este planeta. También es un paso fundamental para que la historia haga suyo el fenómeno del juego guaraní, nacido en la selva paraguayo-brasileña, que no era un deporte competitivo con porterías, sino un ejercicio de destreza y resistencia que los jesuitas integraron en el horario de recreo tras la misa y que se extendió por todo Sudamérica como el gen cultural que hoy conocemos.

Los jesuitas fueron los primeros en documentar y sistematizar el juego como una herramienta educativa. En esta visión el deporte forma el carácter y la disciplina en el marco de la *Ratio Studiorum*, programa evangélico que viajó de las misiones de Sudamérica a los colegios jesuitas de Europa y, más tarde, a las universidades de élite en Estados Unidos como Georgetown, Boston College o Loyola University.

Debemos poner atención en el aporte de la Compañía de Jesús en el fútbol. Es la *paideia* jesuita la que lleva a entender esta gran actividad humana corporal y mental no sólo como ocio, sino como herramienta de formación moral, de disciplina, de cohesión social y como constructor de una industria millonaria. Esta mirada nos dice que la misión jesuítica forma parte del poder civilizatorio y transformador en la que se inserta el fútbol, mucho antes que la estructura normativa del juego al modo inglés del siglo XIX. Una herencia cultural, histórica, simbólica y deportiva que el

padre Bartomeu Melià, S.J., documentó en su investigación sobre el *manga ñembosarái*.

Lo anterior no se puede entender sin consultar la obra *Las Misiones del Paraguay*, escrito en 1771 por el padre José Cardiel, S.J., cien años antes de que los ingleses reglamentaran el fútbol. Para Melià «la prueba definitiva surgió tras el hallazgo de una tribu en Brasil que nunca había estado en contacto con otras civilizaciones y que jugaba al balompié de la misma forma descrita en los textos guaraníes», de acuerdo con el artículo «¿Quién inventó el fútbol: los ingleses o los guaraníes?», publicado por la BBC de Londres el 29 de agosto de 2014.

Fue el padre Cardiel, S.J., el primero en comparar las distintas técnicas empleadas por franceses (que jugaban a la pelota con una raqueta) y españoles (que lo hacían con las manos) con las de los guaraníes, que jugaban con los pies. Para la época esta comparación fue decisiva para saber y documentar los usos del cuerpo y su relación con un objeto inanimado, llamado pelota, que viajaba con cierta fuerza y velocidad. Que los guaraníes utilizaran el pie es una característica única que ya nos hablaba de un gen cultural que llegó al siglo XX de la mano de los brasileños, hijos de los grupos que habitaban las selvas paraguayo-brasileñas, que hicieron su propia magia.

Es precisamente esta protoetnografía la que nos permite entender la importancia del fútbol como un sistema que pasó del juego al deporte y después a la industria, todo ello bajo tres premisas: 1) el descubrimiento del caucho (*mangaysy*); 2) la resina que transformó la dinámica del movimiento y el dominio del balón con el pie, y 3) el juego sin gol: la resistencia comunitaria frente a la competencia de eliminación.



La aportación de los jesuitas al deporte más importante inventado por los seres humanos resulta esencial para poder entender, incluso, los fenómenos geopolíticos y de mercado que el fútbol ha construido a lo largo de toda su historia.

El poder civilizador y transformador del fútbol desde la visión jesuita

¿Qué aporta la reflexión ignaciana a la industria del fútbol? Es la pregunta de la cual partimos. En un mundo tan convulso, con un nuevo conflicto en el Golfo Pérsico, entre Irán contra Estados Unidos e Israel, y el involucramiento de todos los estados árabes, pareciera que lo importante no es hacer la guerra, sino hacer dinero a través del modelo de paz que propone Donald Trump y su gobierno por medio de la integración regional. ¿Es una lucha contra los regímenes o contra los pueblos? El fútbol responde a los pueblos, no a los gobiernos, porque al final, en la tribuna, desde la Liga Premier hasta la cancha del barrio, la gente está ahí, apoyando.

En el año del Mundial los escenarios «diplomáticos» entre Canadá, Estados Unidos y México desaparecieron en la práctica, pasando a un *bullying* político hacia Canadá, por un lado, y a un sometimiento hacia México, por el otro. Nuestro país tiene sus propios asuntos con Estados Unidos además de una problemática interna compleja; un gobierno acusado de colusión con los grupos del narcotráfico y la amenaza del autoritarismo estatal.

Al interior de todo esto está la organización de la Copa del Mundo con tres sedes, Monterrey, Guadalajara y Ciudad de México, cuyos gobiernos luchan contra los recortes de presupuesto, la incertidumbre económica y el contexto de reformas electorales, judiciales y

de pensiones que ponen en duda la capacidad del país para organizar el megaevento global. El escenario de violencia es el más preocupante si tomamos en cuenta que 20 de los 32 estados de la República mexicana registraron hechos violentos luego de la captura y el deceso de Nemesio Oseguera, líder del cártel de Jalisco.

Ante el difícil panorama deportivo, político y diplomático en el mundo, es importante tener en cuenta la herencia jesuita en todos los campos de conocimiento; el deporte es uno de ellos. Reforzar esa tradición a través de su historia implica dar la cara a la verdad, en consonancia con el espíritu de lucha de la Compañía por hacer libres a las personas, especialmente en un momento en que la libertad a escala global está en riesgo. Vale la pena que la reflexión sobre la gestión del fútbol se acerque a lo que los jesuitas han construido en torno a este deporte a lo largo de la historia. Desde China, Italia, Mongolia o en la Península de Yucatán con el *pot ta pok*, o juego de pelota (cuyo ritual simbólico celebra la vida y la muerte, la luz y la oscuridad), el juego con los pies se ha llevado a las canchas modernas.

El hecho es que el ojo etnocultural del padre José Cardiel, S.J., y su mención a la «goma» o «resina» del árbol *mangaisi* proporciona la prueba de que el «rebote» (la física del fútbol moderno) tiene un origen botánico sudamericano. Cardiel sitúa el juego en la plaza central de la reducción, lo que permite conectar el deporte con la *Ratio Studiorum* y la organización del tiempo libre como herramienta de evangelización y orden social, como lo explica Bartomeu Melià en la profunda revisión que hace sobre la obra de Cardiel desde la antropología lingüística. Hablante del guaraní, Melià documenta y detalla cómo el padre Cardiel aplicaba el método científico de





“La habilidad del ser humano de utilizar el pie para controlar y patear una pelota es una cualidad corpóreo-cultural que mantiene a buena parte de la humanidad de hinojos ante un balón”.

la observación a las costumbres indígenas, incluido el juego de *manga ñembosarái*, que biomecánicamente asemejaba los movimientos del fútbol actual.

La fabricación de la pelota de caucho y resina es una cadena cultural de conocimiento que mantiene el significado físico y ritual del juego. El papel de los jesuitas fue impulsar su carga simbólica, otorgando fuerza moral, física y religiosa, pero también dando relevancia científica, etnográfica, antropológica e histórica.

Las políticas de pragmatismo y tolerancia jesuita implementaron en el plano misional el *acomodatio*. «La idea de *acomodación* puede rastrearse en textos del propio san Ignacio de Loyola; de acuerdo con la formulación discursiva de esta idea, los jesuitas podían aceptar la pervivencia de costumbres que se juzgaban como “civiles”, es decir, carentes de contenido religioso o idolátrico, e identificados en la teología moral, que centra en los principios morales de los actos humanos», como se explica en *Corrección y reescritura jesuíticas en el siglo XVIII: en torno a la obra de José Cardiel (1747–1780)* de Fabián R. Vega.

La exploración de la influencia de la Compañía de Jesús en los anales del fútbol nos lleva a explorar el texto del historiador italiano de la Universidad de Padua, Giampaolo Romanato, *Los jesuitas y el fútbol* (L'Osservatore Romano, 2010). En esta investigación la tesis central es la influencia espiritual de los jesuitas en el juego guaraní, que se inicia no como un proceso civilizatorio sino de comprensión y estudio cultural de un fenómeno corporal que, desde la experiencia de los pueblos originarios y no desde la imposición de visión religiosa, se convirtió en un ritual fundido desde ambas cosmogonías.

Romanato no sólo analiza el juego, sino que le otorga una dimensión política y social que encaja perfectamente en el ejercicio cotidiano de la vida en las misiones jesuitas en Paraguay, Brasil y Argentina. Por tanto, la historiografía ha cometido un error no sólo geográfico, sino cultural e histórico, al no reconocer al *manga ñembosarái* como el juego que dio pie al fútbol moderno, que se desprende a su vez de los colegios ingleses del siglo XIX y su reglamentación durante el proceso civilizatorio del deporte.

«La historiografía nunca se dio cuenta de ese proceso», dice Romanato; un proceso que se construyó durante el siglo XVII en las misiones jesuitas con tres objetivos fundamentales:

Sustituir la violencia: canalizando la energía guerrera de los jóvenes guaraníes hacia una competencia reconocida y equitativa a partir de la acomodación, que fomentaba la cohesión ya que el juego era el momento de máxima unión entre la jerarquía jesuita y la comunidad indígena en la plaza central y que construyó la disciplina del tiempo donde el ejercicio corporal a través del juego con el pie marcaba el ritmo del domingo, creando una «liturgia del ocio» que mantenía el orden social.





La importancia de esta investigación documentada por Melià y Romanato no deja lugar a dudas de la acción jesuita para impulsar un proceso fundamentado en la comprensión de la cultura, rasgo que la Compañía de Jesús ha consolidado a lo largo de los siglos en su misión pastoral.

Romanato construye la interfase del *hardware* histórico del fútbol al dibujar claramente a los guaraníes y a los jesuitas como creadores e impulsores, respectivamente, de la invención de la pelota que rebota y la utilización del pie como herramienta biomecánica y cultural para desarrollar el juego. Asimismo, el *software*, atribuido a la reglamentación inglesa, constituye el otro eslabón del fútbol moderno; sin él este deporte sería prácticamente rugby o el primitivo juego del calcio florentino.

Gracias a esos dos componentes la maquinaria llamada fútbol no tendría el dinamismo social, político y financiero que tiene hoy. La habilidad del ser humano de utilizar el pie para controlar y patear una pelota es una cualidad corpóreo-cultural que mantiene a buena parte de la humanidad de hinojos ante un balón.

Reivindicación

El fútbol tiene un sentido religioso que alimenta pasiones y que en muchas ocasiones se convierte en un calvario espiritual, tecnológico, técnico y financiero para la mayoría de los equipos que luchan por obtener la victoria. La redención llega ante sus fanáticos cuando consiguen su ascensión al reino de los cielos: al ganar un campeonato local, europeo, americano, asiático o africano; al permanecer en la memoria histórica, o al coronarse campeones del mundo.



Foto: © Beaver1488, Depositphotos

Los fieles están ahí, en su rito religioso. El estadio es el templo donde dirimen sus pecados y el *mea culpa* de la semana, en lugar de golpes de pecho se convierte en cánticos simbólicos de apoyo al equipo de sus amores, donde ven en muchas ocasiones a los dioses a los cuales les rinden culto.

Por otro lado, la dicotomía religiosa-financiera que constituye este gran deporte-espectáculo es un modelo de análisis multifactorial que hace complejo al fútbol. La incorporación de la inteligencia artificial a los análisis tácticos; los insumos tecnológicos que utilizan las y los jugadores; los modelos de transferencia de éstos, así como las nuevas narrativas en plataformas tecnológicas como Twitch, X, Instagram y las nuevas apps de *sport casters* como Sport Cam, Swish Live o IA Voices, son parte del gen cultural de la industria que los jesuitas y los guaraníes construyeron.

«Quien sabe de fútbol, no sabe de fútbol», decía sabiamente el técnico argentino César Luis Menotti, quien alguna vez dirigió la Selección Mexicana de Fútbol en los años



“ Pese a los grandes avances tecnológicos en el fútbol, lo humano prevalece porque este deporte es cuerpo, sentido, oralidad, pasión y religión”.

noventa. Se refería a que el juego es analizado desde diversos y muchos puntos de vista; desde la geopolítica, la historia, la antropología, la biología, los negocios, la medicina, la inteligencia artificial, la ciencia de materiales, la física, la química y muchas ciencias más. La incidencia de este deporte en la vida cotidiana de millones de personas es de hecho un viaje a mundos reales y simbólicos.

Hace poco presenciamos eliminatorias que posicionaron el corazón, la mente, la pasión, la razón, la pobreza y la riqueza al mismo tiempo. Tanto en el terreno de juego como en las aficiones, como dice Romanato, «la interfase no deja de ser humana en este gran deporte».

«Nada de lo humano me es ajeno», reza la máxima de Publio Terencio Africano (que hemos absorbido en muchas cátedras de universidades jesuitas). Y es que, pese a los grandes avances tecnológicos en el fútbol, lo humano prevalece porque este deporte es cuerpo, sentido, oralidad, pasión y religión, es decir, características del pensamiento jesuita que siguen siendo la base no solamente de la orden religiosa, sino de la misión para la cual han sido configurados. Es fascinante ver que el balompié ha formado parte de su tradición. En este sentido, la historia pone en un lugar preponderante al fútbol y a los jesuitas.

Ante conflictos geopolíticos que fracturan el mapa (como el caso de Irán), la FIFA quizá deba pensar en evolucionar a ser una agencia de me-

diación inspirada en la diplomacia jesuita con lo humano como bandera. «El estadio debe recuperar la función de la plaza de la misión: un territorio neutral, un santuario de paz donde el adversario es reconocido como compañero de juego», como vemos en algunas reflexiones del padre Melià, S.J. El éxito del Mundial 2026 no se medirá en los balances contables de las sedes mundialistas de los tres países, sino en nuestra capacidad de recordarle al planeta que ese balón tan redondo, de resina guaraní, fue inventado para unir, no para excluir.

Por último, ¿y sí integramos la *Ratio Studiorum* en la gobernanza global del deporte para salvar el juego de su propia entropía? ¿Y si rescatamos al balón como la gran lengua universal que nos permite hablar de paz en tiempos de guerra? ¿Y si volvemos a hacer del juego del hombre el eje fundamental de lo humano para resignificar a la pelota como producto? ¿Y si nos basamos en la ética jesuita para ofrecer el marco normativo que la FIFA necesita para transformar el espectáculo masivo en una verdadera «liturgia de paz» y desarrollo humano?

Desde la mirada jesuita, la Copa del Mundo 2026 en Canadá, Estados Unidos y México invita a ir más allá del marcador: reconocer en cada estadio un posible santuario de encuentro en medio de las múltiples guerras que hoy atraviesan al mundo. Y que la pelota (de resina y caucho, convertida en trionda) sea la verdad que nos haga libres a través del fútbol. ☒





EL ROL DEL *UNDERDOG* EN EL JUEGO DEL CINE

Gustavo A. González Castañeda, S.J.

En el idioma inglés se utiliza la expresión *underdog* para referirse a aquella persona o equipo que, en el marco de una competencia o confrontación en la que es claramente percibido como inferior, irrumpe contra toda expectativa en el espacio protagónico. El *underdog* no es simplemente el débil en una contienda deportiva —o de cualquier otra índole—, sino aquél que, desde el inicio, queda excluido de toda consideración competitiva y cuyo desafío inesperado a los más fuertes rompe la arrogante predictibilidad del destino. Estas historias suelen conmovernos porque en ellas aparecen seres ignorados cuyos espíritus emergen de la penumbra para brillar con luz propia, al tiempo que trastocan las jerarquías, desbaratan los pronósticos y desmienten la supuesta inevitabilidad del destino.

A lo largo de la historia del cine muchas de las películas más inspiradoras sobre el deporte comparten un mismo rasgo: retratan a

equipos o jugadores claramente desfavorecidos, ya sea por sus limitaciones físicas o por las circunstancias adversas que los rodean, en quienes, sin embargo, emerge de manera inesperada una insondable dignidad. Quienes vimos en el cine *Rocky* (John G. Avildsen, 1976) aún nos conmovemos con la historia de aquel boxeador de barrio, un don nadie que sobrevive peleando en combates de poca monta mientras trabaja como cobrador de un prestamista. Torpe, de voz arrastrada y aparentemente destinado al fracaso, su vida da un giro cuando un arrogante campeón mundial de boxeo, en busca de publicidad, lo reta a un combate que lo conduce a descubrir su propia valía. No menos entrañable es *Toro salvaje* (1980), de Martin Scorsese, una de las grandes obras maestras del cine deportivo, en la que Robert De Niro —en uno de los puntos más altos de su carrera— encarna a un boxeador cuya torpeza y violencia se ven constantemente desbordadas por un incansable espíritu de lucha.

Desde tiempos antiguos un motivo recurrente en los textos sagrados y también en la literatura es el de aquél que, siendo excluido o marginado, termina ocupando de manera inesperada un lugar central. Ya en la Biblia aparece esta lógica en el relato de David fren-

Sacerdote jesuita con trayectoria en el ámbito educativo y religioso en México. Su formación abarca la teología, la filosofía y la comunicación, áreas que ha desarrollado a lo largo de su vida pastoral y académica. Se desempeñó como rector del Instituto de Ciencias de Guadalajara (2014–2020), y más recientemente fue director del Medio Universitario en la Ibero Torreón (2023–2024).



“ En el cine han aparecido múltiples relatos que, leídos a la luz de esta comprensión de la realidad revelada en el evangelio, nos permiten vislumbrar que la existencia humana no queda clausurada en sus límites, fracasos o caídas, sino que puede abrirse inesperadamente a una plenitud que la dignifica”.

te a Goliat, donde el débil vence al poderoso (1 Sam 17), y en los evangelios se despliega de forma radical cuando el excluido al entrar en contacto con Jesús es redimido de su miseria: el hombre con la mano seca, relegado a un rincón, es puesto «en medio» (Mc 3,1–6); el ciego al borde del camino es llamado y devuelto a la vista (Mc 10,46–52); la mujer con flujo de sangre, condenada al anonimato, es reconocida públicamente (Mc 5,25–34); Zaqueo, despreciado por todos, es llamado por su nombre y convertido en anfitrión (Lc 19,1–10). Esta inversión de posiciones expresa una comprensión de la misericordia divina y su lógica de un orden nuevo inaugurado por Dios. Como afirma Jürgen Moltmann: «Dios ha revelado por este crucificado su verdadera justicia, es decir, el derecho de la gracia incondicional, que justifica a los privados de derechos» (*El Dios crucificado*, p.244). Es decir, Dios no ratifica los veredictos que excluyen y condenan, sino que los invierte, colocando en el centro precisamente a quien había sido marginado. Desde este horizonte se entiende mejor la fuerza con la que estas historias siguen afectándonos, ya que, si desde la fe asumimos que en el evangelio se revelan las verdades más hondas de la existencia, entonces la redención consiste en una verdadera reivindicación del excluido, en la que la justicia de Dios se manifiesta como una reconfiguración del orden social imperante.

En el cine han aparecido múltiples relatos que, leídos a la luz de esta comprensión de la realidad revelada en el evangelio, nos permiten vislumbrar que la existencia humana no queda clausurada en sus límites, fracasos o caídas, sino que puede abrirse inesperadamente a una plenitud que la dignifica. No se trata únicamente de historias de superación, sino de verdaderas teofanías en las que el descartado, el menospreciado o el insignificante ocupan inesperadamente el centro y obligan a replantear nuestras categorías de éxito, dignidad y destino. Algunas de estas obras alcanzan una dimensión casi sublime; otras, en cambio, se diluyen en fórmulas previsibles que trivializan aquello que pretenden exaltar. A continuación, proponemos una selección de películas deportivas que, más allá de su valor narrativo, logran representar la emergencia salvífica de unas existencias que han sido relegadas a los márgenes de la historia.

***Campeones* (Javier Fesser, 2018)**

Marco, un entrenador de baloncesto cínico y desencantado, es obligado por una sentencia judicial a realizar servicio comunitario entrenando a un equipo conformado por personas con discapacidad intelectual. Lo que en un inicio Marco asume como una humillación pronto se convierte en el ámbito en el que, a través del encuentro con estos jugadores, su





propia vida comienza a adquirir un significado más hondo y esperanzador. Su torpeza inicial para relacionarse con ellos no hace sino evidenciar una pobreza afectiva disfrazada de autosuficiencia. En la medida en que se permite interpelar por la autenticidad, la alegría y la gratitud de estos discapacitados, su identidad se va reconfigurando. Así, la interacción de las relaciones humanas revierte la lógica habitual: el *underdog* no es ya quien busca ser reconocido por el fuerte, sino quien, desde su aparente fragilidad, tiene la capacidad de redimir al orgulloso.

La historia podría parecer, en principio, una variación de un motivo ampliamente transitado en el cine —el de una persona extraviada que encuentra sentido al vincularse con quienes habitan los márgenes—. No obstante, el mérito de la película no radica en la novedad de su argumento, sino en la hondura con la que logra hacer visible la dignidad irreductible de sus personajes. Más allá de funcionar como simples catalizadores de la transformación del protagonista, los miembros del equipo se imponen como presencias plenas, con cualidades y defectos, pero sobre todo portadoras de una verdad que desarma, descoloca y finalmente transforma. En ellos no sólo emerge la ternura, sino también una forma de lucidez que subvierte las jerarquías implícitas en la mirada ordinaria. Así, la película encarna con particular nitidez esa lógica de quienes desde las periferias —el descartado, el menospreciado, el aparentemente insignificante— irrumpen en una forma de salvación que el mundo, en su cálculo, es incapaz de anticipar.

***The Bad News Bears* (Michael Ritchie, 1976)**

Pocas películas resultan tan desenfadadas, contestatarias e insolentes como *The Bad*

News Bears (titulada en México *Los Picarones*). Un exjugador profesional alcohólico y desmotivado, Morris Buttermaker, acepta entrenar a un desastroso equipo infantil de béisbol. El equipo está formado por niños con escasas habilidades deportivas: muchos apenas saben lanzar o batear, cometen errores constantemente y son vistos como el peor conjunto de la liga. Entre ellos hay dos hermanos mexicanos con un dominio precario del inglés, un joven conflictivo propenso a las peleas, una niña que compite en un entorno dominado por varones y debe enfrentar prejuicios, y otros jugadores torpes o inseguros que parecen incapaces de competir.

A lo largo de la temporada el grupo mejora hasta alcanzar, de manera inesperada, la final del campeonato. Y es precisamente ahí cuando la película radicaliza su postura: lejos de someterse al desenlace edificante del cine deportivo convencional, los Bears reaccionan con una beligerancia que desborda el marco del juego, cerrando la historia con una irreverencia que cuestiona el orden competitivo que los margina. En esta clave, la película presenta una variación singular del *underdog*: no se trata sólo del débil que asciende, sino de un grupo de inadaptados que, sin dejar de serlo, desestabiliza las reglas mismas del reconocimiento. Detrás del desastre aparece, de manera genuina, un espíritu de equipo cuya simpática y auténtica personalidad brota de la amalgama de culturas, géneros y aspiraciones de quienes suelen ser tenidos por perdedores sociales.

Con ocasión del Mundial de fútbol, además de las ya mencionadas, proponemos tres grandes filmes que, situados específicamente en el ámbito del fútbol soccer, exploran la figura del *underdog* a partir de registros que desbordan formulaciones narrativas más habituales.



Foto: © limbi007, Depositphotos

***Fuera de juego* (Jafar Panahi, 2006)**

Una de las películas más incisivas sobre el deporte —en este caso, el fútbol— es *Fuera de juego*, del director iraní Jafar Panahi, quien recientemente obtuvo la Palma de Oro en el Festival de Cannes por su excelente película *Sólo fue un accidente* (2025). Reconocido por su persistente denuncia de la represión del gobierno teocrático en Irán, Panahi ha sido encarcelado en varias ocasiones por retratar la censura, la desigualdad de género y los abusos del poder en su país.

Fuera de juego se sitúa en Teherán durante un partido decisivo de clasificación al Mundial de 2006 entre Irán y Baréin. Un grupo de jóvenes aficionadas al fútbol intenta ingresar al estadio pese a la prohibición que impide a las mujeres asistir a estos eventos. Algunas se disfrazan de hombres para burlar el control; sin embargo, varias son descubiertas y dete-

nidas por los soldados encargados de vigilar el acceso. Conducidas a un espacio improvisado de reclusión en las afueras del estadio, quedan separadas del partido que anhelaban presenciar, reducidas a escuchar a distancia el relato fragmentario de lo que ocurre en el campo.

Ese espacio cercado —un cuadrado marginal en una de las zonas externas de acceso al estadio— adquiere una densidad simbólica: no es sólo un lugar físico, sino la representación concreta de una exclusión institucionalizada hacia las mujeres en Irán. Desde ahí, las jóvenes negocian, cuestionan y resisten, mientras los soldados —muchos de ellos apenas reclutas— revelan, en su incomodidad, las fisuras de un sistema que ejecutan sin realmente comprenderlo. El tiempo del relato avanza al compás del partido, pero lo verdaderamente significativo ocurre fuera del juego, en ese





margen donde la dignidad insiste en abrirse paso.

Al finalizar el encuentro, las detenidas son trasladadas para ser sancionadas. La película rehúye cualquier resolución tranquilizadora y concluye en medio de esa incertidumbre, manteniendo la atención en la experiencia vida más que en su desenlace.

En este contexto, *Fuera de juego* desplaza de manera radical la figura del *underdog*: no se trata aquí de quien, desde la inferioridad, logra imponerse dentro del juego, sino de quien ni siquiera tiene permitido participar en él. Sin embargo, es precisamente desde esa exclusión como emerge una forma de resistencia que desarma la lógica imperante. La película no sólo denuncia la inequidad de género, sino que afirma, con una gran sobriedad, que hay ámbitos de la vida —incluso algo tan elemental como la pasión por un juego— que ningún poder debería arrogarse el derecho de regular.

La mano de Dios (Paolo Sorrentino, 2021)

Muchos recordarán que en el Mundial de México 1986, durante el partido de cuartos de final entre Argentina e Inglaterra en el estadio Azteca, Diego Armando Maradona anotó un gol con la mano. Minutos después marcaría el que ha sido llamado el «gol del siglo», sellando la victoria argentina. Al ser interrogado sobre la legalidad del primer tanto, respondió con ironía que había sido «un poco con la cabeza de Maradona y otro poco con la mano de Dios». A partir de este episodio, Paolo Sorrentino —autor también de obras maestras como *Il divo* (2008) y *La gran belleza* (2013)— construye el trasfondo simbólico de su película *La mano de Dios*, en la que establece un vínculo

entre el azar, el destino y una forma inesperada de salvación.

La historia, de carácter autobiográfico, sigue a Fabietto, *alter ego* del director, en la Nápoles de los años ochenta. En ella se narra la vida de su familia: la vitalidad desbordante de su madre, la ambigua relación con su padre, la vida familiar marcada por lo excéntrico y lo afectivo y, en el centro de todo, la fascinación compartida por el fútbol y por la figura de Maradona. Sin embargo, ese universo se ve abruptamente fracturado por la muerte de sus padres, quienes fallecen a causa de una fuga de gas mientras Fabietto se encuentra fuera de casa asistiendo a un partido del Milán en el que Maradona es el gran protagonista. Aquello que parecía un hecho banal —una salida al estadio— se revela retrospectivamente como la mano de Dios, el acontecimiento que le salva la vida. Esto sucedió realmente en la vida de Paolo Sorrentino.

Es a partir de esa herida como Fabietto comienza a orientarse hacia su vocación de cineasta. En su encuentro con un director comprende que sólo quien ha sido atravesado por una experiencia decisiva tiene algo que decir. Su posterior partida a Roma se describe como el inicio de una búsqueda en la que el misterio de la vida y la vocación quedan indisolublemente ligados.

La película ofrece una de las variaciones más sutiles del *underdog* dentro de esta retrospectiva de películas sobre el deporte: no se trata aquí del marginado que irrumpe en el centro por sus logros ni del excluido que desafía un sistema que lo rechaza, sino de alguien cuya aparente insignificancia —un adolescente sin rasgos extraordinarios— es atravesada por un acontecimiento que reconfigura por completo el sentido de su vida. Lo decisivo no acontece



en el triunfo, sino en la irrupción de un sentido que no podía ser previsto ni producido. Así, *La mano de Dios* sugiere que, en ocasiones, la salvación no consiste en ocupar el lugar de los fuertes, sino en descubrir que incluso lo más frágil y contingente puede convertirse en el punto de partida de una vocación y, con ella, de una forma de redención.

***The Damned United* (Tom Hooper, 2009)**


La película *The Damned United* (en español *El nuevo entrenador*) relata uno de los episodios más singulares en la historia del fútbol inglés. En 1974 el entrenador Brian Clough, tras haber llevado al Derby County —un equipo que, cuando lo recibió, se ubicaba en el sótano de la segunda división— a conquistar la liga Premier, es contratado por el poderoso Leeds United, uno de los clubes más dominantes de su tiempo, heredero del exitoso ciclo del famoso entrenador Don Revie. La aventura acabó en un rotundo fracaso para Clough.

La película describe el descalabro de alguien que no supo comprender la imposibilidad de la verdadera gloria en una institución edificada desde el poder: quien había aprendido a ganar en la precariedad se instala ahora en una estructura consolidada, sostenida por el prestigio, la disciplina jerárquica y la inercia del éxito. El filme muestra el fracaso de ese desplazamiento. Los métodos que habían hecho de Clough un referente —su cercanía con los jugadores, su rechazo a las formas autoritarias, su capacidad para interpelar con franqueza— se revelan inoperantes en un entorno donde el triunfo no necesita ser conquistado, sino administrado. Rodeado de figuras consagradas y de una institución impermeable a la crítica, su intento por reproducir la lógica del *underdog* se da de bruces contra una cultura

cuya lógica es distinta a la de un equipo sin estrellas. Su paso por el club, reducido a apenas 44 días, se convierte así en el testimonio de un desencuentro.

La narración alterna este episodio con la etapa anterior de Brian Clough en el Derby County, donde, junto a su inseparable asistente y amigo Peter Taylor, había construido un proyecto desde abajo. Es en ese contraste en el que la historia encuentra su mayor fuerza: lo que en un contexto de fragilidad era virtud —la cercanía, la confianza, la capacidad de nombrar las cosas sin rodeos— en el ámbito de los vencedores se percibe como amenaza o desubicación. El problema no es sólo de métodos, sino de lenguaje y de lugar: no se puede conducir de la misma manera allí donde nadie se reconoce necesitado.

El desenlace, marcado por la destitución de Clough y su posterior reconciliación con Taylor, hace brillar la verdadera gracia del *underdog*. El fracaso no aparece como simple caída, sino como ocasión de lucidez: Clough reconoce su dependencia de aquél con quien había aprendido a construir desde la intemperie. La película sugiere de esta manera que su experiencia como entrenador no se traduce en transmitir una técnica ni tampoco se puede replicar una estrategia; la gracia del triunfo que sabe a gloria se desvirtúa cuando se abandona el lugar de la necesidad.

En este sentido, *The Damned United* nos ofrece un tratamiento original del *underdog*: no toda inversión de las jerarquías consiste en ascender hacia el centro, sino más bien de regresar a las periferias donde se encuentra la fuente que le dio sentido a su vocación, el lugar de donde brota la victoria honesta, la gloria de lo impredecible y la redención del olvidado. 





DONDE LA FE Y EL DEPORTE SE ENCUENTRAN

Javier Bailén Llongo, S.J.

Este texto fue publicado anteriormente por el mismo autor en Religión Digital en septiembre de 2025.

¿Y si el deporte fuera algo más que competir, ganar o mantenernos en forma? En cada zancada, en cada canasta, en cada gol o en cada caída se esconde una oportunidad de descubrir quiénes somos y hacia dónde caminamos. El deporte no sólo fortalece el cuerpo: despierta pasiones, nos hace vivir en comunidad y nos recuerda que siempre podemos ir más allá de nuestros propios límites.

En ese terreno fértil donde se cruzan esfuerzo, disciplina y alegría la fe encuentra un aliado inesperado. Porque en el deporte también se aprende humildad, solidaridad, respeto, resiliencia... valores profundamente humanos que dialogan de manera natural con el Evangelio.

Este texto nace de una convicción clara: el deporte puede convertirse en un verdadero

Es sacerdote jesuita y actualmente desarrolla su misión en Málaga, España, en el ámbito educativo y pastoral. Su trayectoria está marcada por una inquietud constante: tender puentes entre la fe y la vida cotidiana, especialmente a través del deporte y las redes sociales.

espacio pastoral, un lugar donde Dios se deja encontrar en lo cotidiano. Desde el patio de un colegio hasta un estadio repleto, allí donde alguien se esfuerza, comparte y celebra, se abre también la posibilidad de descubrir la Buena Noticia. Más que instrumentalizarlo, se trata de reconocer en el deporte un lenguaje universal que une culturas y generaciones, y que puede ayudarnos a vivir la fe de manera más encarnada, auténtica y alegre.

El deporte como espacio pastoral

Hablar de pastoral deportiva no es inventar algo extraño ni forzar al deporte a ser lo que no es. Al contrario, se trata de redescubrir en él un espacio natural donde la fe puede brotar y crecer. El deporte, por sí mismo, ya educa, forma y transforma: enseña a trabajar en equipo, a levantarse después de una derrota, a respetar al otro y a celebrar con humildad una victoria. ¿No son éstos los mismos aprendizajes que propone el Evangelio?

La pastoral deportiva parte de una intuición sencilla: Dios también se deja encontrar en una cancha, en un vestuario o en un entrenamiento. Allí donde una persona se esfuerza, se supera y comparte con los demás se abre un camino de encuentro con Aquél que nos llama a vivir en plenitud. Pero no se trata de



usar el deporte como una «excusa religiosa» ni de reducirlo a una estrategia proselitista. El deporte tiene valor en sí mismo, y precisamente desde ese valor puede convertirse en un lugar privilegiado para el acompañamiento espiritual. En él se integran todas las dimensiones de la persona: la física, la psíquica y la espiritual, mostrando que cuerpo y espíritu no están en competencia, sino que se necesitan mutuamente.

En una sociedad en la que tantas veces se privilegia el éxito individual a cualquier precio, la pastoral deportiva ofrece un mensaje alternativo: el deporte no sólo mide resultados, también construye comunidad, fortalece vínculos y nos ayuda a reconocer los dones recibidos de Dios. Acompañar a los deportistas (profesionales, *amateurs* o escolares) significa ayudarlos a vivir su pasión con sentido, descubriendo que la verdadera victoria es crecer como personas y como creyentes.

Un recorrido histórico: de san Pablo al papa Francisco

La relación entre fe y deporte no es un invento moderno. Desde los primeros siglos del cristianismo el lenguaje deportivo ha servido como metáfora de la vida espiritual. San Pablo fue el pionero: en su Primera Carta a los Corintios comparaba la vida del creyente con la de un atleta que corre en el estadio, que entrena y se esfuerza para alcanzar una «corona incorruptible». Para él, el deporte era una imagen clara de lo que significa perseverar en la fe: disciplina, constancia y esperanza.

Después de Pablo, otros Padres de la Iglesia también vieron en el deporte un espejo de la vida cristiana. San Clemente de Roma hablaba del «entrenamiento del alma» como una carrera hacia la virtud; san Juan Crisóstomo subrayaba el autodomínio y la moderación como cualidades necesarias tanto para el atleta co-

mo para el creyente; san Ignacio de Antioquía llegó a llamar a los cristianos «atletas de Cristo», recordando que la perseverancia en la oración y la lucha contra la tentación son combates tan reales como los de un estadio. Aunque el deporte en su tiempo no era organizado como hoy, la cultura grecorromana influyó profundamente en su manera de pensar y enseñar.

Ya en la Edad Media, santo Tomás de Aquino reflexionó sobre el papel del cuerpo en el desarrollo integral de la persona. Aunque no hablaba directamente del deporte, sí valoraba el equilibrio entre estudio, trabajo y ocio, destacando la virtud de la *eutrapelia* como expresión de un sano recreo. Su visión recordaba que cuidar el cuerpo es parte de la vida espiritual porque somos una unidad de cuerpo y alma.

Con la Edad Moderna y el surgimiento de los colegios de la Iglesia el vínculo se hizo más concreto. Los jesuitas, por ejemplo, entendieron que la formación integral debía incluir también la actividad física. La *Ratio Studiorum*, el documento que organizaba la vida de los colegios, ya contemplaba juegos y recreación como parte esencial de la educación. Desde entonces, el deporte pasó a ser un instrumento privilegiado para educar en disciplina, trabajo en equipo y convivencia.

En tiempos más recientes, los papas han subrayado con fuerza el valor pastoral del deporte. Pío XII lo describía como una escuela de virtudes para los jóvenes. San Juan Pablo II, apasionado esquiador y montañero, lo elevó a una verdadera teología del deporte: hablaba de él como un camino para la paz y la fraternidad. En el Jubileo de los Deportistas del año 2000 dejó una frase que ha marcado a muchos: «El deporte, bien entendido, promueve la dignidad humana».

El papa Francisco continúa esta línea con un lenguaje muy cercano a nuestra época. Ha re-





cordado que «dar lo mejor de uno mismo en el deporte» es también una llamada a la santidad. Para él, el deporte es escuela de inclusión, de solidaridad y de encuentro; un espacio donde no sólo se forman cuerpos fuertes, sino también corazones generosos. Por eso insiste en que el deporte está «en casa, en la Iglesia», especialmente en los colegios, oratorios y centros juveniles.

Incluso hay una nota simpática en esta historia: varios papas han tenido apodos deportivos. León XII fue llamado «el papa nadador»; Pío X, «el papa deportista»; Pío XI, «el papa montañero»; Juan Pablo I, «el papa ciclista»; Juan Pablo II, «el papa polideportivo», y Francisco, naturalmente, «el papa del fútbol». No es un detalle menor: muestra que, más allá de las reflexiones teológicas, el deporte ha estado muy presente en la vida personal de quienes han guiado a la Iglesia. Así, desde los tiempos bíblicos hasta hoy, el deporte ha sido un espacio donde se forjan virtudes, se construye comunidad y se abre camino hacia Dios.

Perspectiva teológica del deporte

Si el deporte ha acompañado la vida de la Iglesia desde sus inicios, hoy podemos dar un paso más: preguntarnos qué nos dice la teología sobre él. El deporte no es sólo una práctica humana, sino también un espacio donde Dios puede hablarnos. Desde diferentes áreas de la reflexión teológica podemos descubrir cómo se entrelazan la fe y la experiencia deportiva.

1. Antropología teológica: unidad de cuerpo, mente y espíritu

La fe cristiana nos recuerda que no somos espíritus encerrados en un cuerpo, sino una unidad indivisible. El cuerpo no es accesorio: es parte esencial de nuestra identidad. En el deporte esta verdad se hace evidente. El entrenamiento,

el esfuerzo físico y la disciplina nos muestran cómo el cuerpo puede ser camino de crecimiento humano y espiritual. Desde una mirada creyente, el cuerpo del deportista no sólo ejecuta un movimiento, sino que revela la grandeza de la persona creada a imagen de Dios.

2. Teología moral: el deporte como escuela de virtudes

La vida cristiana es un camino de virtudes y el deporte es un campo de entrenamiento privilegiado para cultivarlas. La paciencia para esperar resultados, la resiliencia tras una derrota, la humildad para reconocer errores, la justicia y el respeto en el juego limpio... Todo ello refleja la misma dinámica que el Evangelio propone: crecer en libertad interior para elegir siempre el bien. El deporte nos enseña que la victoria verdadera no siempre está en el marcador, sino en la fidelidad al esfuerzo y en la integridad con que se juega.

3. Teología pastoral: acompañar en el camino

El deporte es un espacio donde se juega mucho más que un resultado. Los deportistas cargan ilusiones, miedos, heridas y esperanzas. Acompañarlos en ese camino es tarea de la pastoral deportiva. El entrenador, el capellán o el educador pueden convertirse en mediadores de una experiencia de fe que ilumine tanto las victorias como las derrotas. Porque el Evangelio también se anuncia en un vestuario después de perder, en un abrazo tras un gol o en el silencio de la concentración antes de competir.

4. Teología social: deporte como justicia e inclusión

El deporte no es sólo un asunto individual. Tiene un profundo valor social: crea comunidad, derriba barreras y puede convertirse en un instrumento de justicia. En barrios



golpeados por la violencia o en comunidades marcadas por la pobreza, un balón puede ser una semilla de esperanza. La teología social nos invita a mirar el deporte como lugar de fraternidad, donde todos tienen un sitio y nadie queda excluido. En este sentido, el deporte es también una parábola viva del Reino de Dios.

5. Escatología: el deporte como signo de esperanza

Finalmente, la escatología (la mirada de la fe hacia la plenitud de la vida en Dios) nos recuerda que toda experiencia humana apunta a un horizonte más grande. El deporte, con sus desafíos y alegrías, con sus derrotas y victorias, es un signo de esa tensión hacia algo más alto. Cada vez que un atleta se levanta tras caer, cada vez que un equipo celebra unido estamos vislumbrando un reflejo de la vida eterna: la plenitud en Dios, meta definitiva de nuestra existencia.


El deporte, mirado desde estas claves teológicas, se convierte en mucho más que un pasatiempo o un espectáculo. Es un verdadero lugar teológico, un espacio donde la vida humana y la fe se encuentran, donde lo cotidiano se abre a la trascendencia y donde Dios nos recuerda que también en una cancha, en una pista o en un estadio podemos escuchar su voz.

Hacia una pastoral deportiva integral

Si hemos recorrido juntos este camino, queda claro que el deporte es mucho más que una competición o un ejercicio físico: es un espacio donde la vida humana, la fe y la comunidad se encuentran. Cada entrenamiento, cada partido, cada desafío que un atleta enfrenta tiene un potencial profundo: enseñar, formar y abrir puertas a valores que trascienden lo inmediato.

La pastoral deportiva nos invita a mirar el deporte con otros ojos. Nos recuerda que detrás de cada resultado hay una persona con sueños, miedos y talentos; que detrás de cada esfuerzo hay una oportunidad de crecer en resiliencia, humildad y solidaridad, y que detrás de cada victoria hay una invitación a la gratitud y a la justicia. No se trata de llenar el deporte de mensajes doctrinales, sino de acompañar a quienes lo viven, ayudándoles a descubrir que Dios también está presente en la cancha, en la pista y en el campo de juego.

Apostar por la pastoral deportiva significa creer en la integración: cuerpo y espíritu, esfuerzo y alegría, competencia y comunidad. Significa ofrecer un acompañamiento que no se limita a enseñar técnicas o estrategias, sino que se centra en formar personas completas, capaces de enfrentar la vida con valores sólidos y corazón generoso. Es ver en el deporte un laboratorio de humanidad y de fe, en el que cada gesto cotidiano puede reflejar la Buena Noticia del Evangelio.

En última instancia, la pastoral deportiva es una invitación a soñar: soñar con un mundo donde el deporte no sólo construya campeones, sino también ciudadanos justos y solidarios; donde no sólo gane quien anota más puntos, sino quien aprende a levantarse con dignidad después de caer; donde la verdadera victoria sea crecer como persona y como creyente. Porque, cuando fe y deporte dialogan, se abren caminos inesperados de transformación, encuentro y esperanza. 

Para saber más:

Bailén, J. (2025, 11 de septiembre). ¿Existe conexión entre el deporte y la fe? *Religión Digital*. <https://bit.ly/4wAnhME>





LA MAGIA DEL JUEGO

Elías González Gómez

Fernando Ortíz Cueva, mejor conocido como Sofo, describe su vida como una búsqueda constante y un continuo preguntar. Así fue como llegó al celtismo, tradición ancestral de los pueblos nativos europeos, pero también al estudio de los juegos, ámbito al que dedicó tanto su práctica como su reflexión académica. En esta entrevista conocemos un poco más del celtismo y de cómo la espiritualidad y los juegos no están tan lejos entre sí.

Elías González Gómez (EGG): *¿Podrías compartirnos un poco de ti mismo y tu búsqueda espiritual? ¿De qué se trata el celtismo y cómo lo vives?*

Sofo (S): Lo primero que podría compartir sobre mí es que me considero una persona profundamente reflexiva y en constante búsqueda de preguntas. Esto me ha llevado a recorrer distintos caminos espirituales más como un acto de completar la realidad en la que vivo y no sólo como una constante de encontrar respuestas. Una especie de viaje interior que con

el tiempo me ha llevado a entender la relación entre el ser humano y lo sagrado.

Algo que para mí ha sido fascinante es cómo se genera la transmisión del conocimiento entre generaciones, su interpretación, su evolución, la manera en que la historia está viva y por lo cual hoy somos y estamos aquí. En ese recorrido fue como descubrí el celtismo, una forma de espiritualidad profundamente vinculada con las tradiciones nativas europeas, particularmente las que provienen de Escocia.

El celtismo no funciona como una institución formal ni como una religión estructurada con dogmas rígidos; más bien es un conjunto de creencias, prácticas y formas de comprender la vida que cada comunidad o cada familia —conocida dentro de esta tradición como *grove*— llega a interpretar y vive de manera propia.

Dentro de la tradición del celtismo *slígeta* (sendero/ver para saber más) está la creencia de que todos nacemos con una naturaleza mágica; lo que ocurre es que esa dimensión de nosotros mismos suele permanecer dormida hasta que comenzamos a descubrirla. El camino espiritual consiste justamente en eso: en aprender a reconocerla y desarrollarla. En la búsqueda de este equilibrio nace el entramado entre cuerpo, mente y espíritu, una forma de entender la existencia en la que la natura-

Pensador itinerante. Su campo de interés es el diálogo interreligioso y la relación entre la mística y las luchas sociales. Es autor de varios libros, entre ellos *7 místicas para transitar los tiempos actuales* (Buena Prensa, 2022), *El dinamismo místico. Mística, resistencia epistémica y creación del mundo nuevo* (Aliosventos, 2022) y *Religarnos. Más allá del monopolio de la religión* (Kairós, 2023).



leza ocupa un lugar central en el universo que nos rodea.

Desde esta perspectiva, el mundo natural no es solamente un entorno que habitamos, sino un espacio vivo con el que se establece una relación profunda: con sus ciclos, sus elementos y las fuerzas que lo habitan. Las antiguas tradiciones celtas partían justamente de esa sensibilidad hacia la naturaleza.

Algo que siempre me ha marcado dentro de esta tradición es la idea de que la magia no es algo que se crea o se realiza en un instante. No es un acto aislado ni un poder externo. Es más bien una dimensión que forma parte de nosotros desde el momento en que existimos. Hay una frase que mis maestros solían repetir y que resume de gran manera este espíritu: «Para descubrir la magia que hay en ti, sólo se necesita un instante; para aprender a usar la magia que hay en ti, se necesita toda una vida».

Así es como vivo el celtismo: no como un sistema cerrado, sino como un camino de aprendizaje continuo, de conexión con la naturaleza, con la historia de quienes caminaron antes que nosotros y, sobre todo, con ese misterio que habita en cada ser humano. Un camino que, más que dar respuestas definitivas, invita a seguir explorando. Porque al final la espiritualidad es una conversación permanente entre lo que somos, lo que buscamos y lo que aún estamos aprendiendo a descubrir.

EKG: ¿Cómo fue que llegaste a estudiar los juegos y qué has encontrado en tu incursión en ellos?

S: El interés por estudiar los juegos comienza por la misma inquietud de explorar, preguntar y de intentar comprender lo que me rodea. De manera muy puntual, esto es en sí mismo una forma de juego, por ello la analogía con



Foto: © Fernando Ortiz Cueva

la vida, que puede entenderse como un gran tablero en movimiento. Es así como el juego se transformó de un pasatiempo a un objeto de estudio y donde aprendí a observarlo con otros ojos. Cada movimiento, regla e interacción entre quienes participan en una partida encerraba algo más que entretenimiento.

En los juegos existe una lógica, e incluso una especie de «magia» que aparece cuando las personas se reúnen alrededor de un tablero. Ninguna partida es exactamente igual a otra, pues siempre hay algo que cambia. Por eso, para mí estudiar los juegos ha sido una forma de comprender cómo las sociedades humanas han encontrado maneras de convivir, de aprender y de desarrollarse.

En los juegos se reflejan muchos significados: valores, formas de organización, maneras de enfrentar el conflicto o de cooperar, incluso formas particulares en que cada cultura mira el mundo. Cuando uno observa con atención descubre que cada juego guarda pequeñas pistas sobre el tiempo y el lugar donde nació; todo habla de la sociedad que lo creó, y eso es algo fascinante. Jugar es una forma de acercarse a la historia, no sólo de leerla o estudiarla, sino de experimentarla de manera viva. Los juegos son una expresión cultural, y mientras



se juega se participa de una tradición humana que combina imaginación, aprendizaje y convivencia.

EGG: ¿Encuentras alguna relación entre tu camino espiritual y lo que vives en los juegos?

S: Con el tiempo he llegado a pensar que el juego y la espiritualidad comparten algo muy profundo y significativo: ambos crean un espacio distinto al de la rutina cotidiana, un momento en el que la realidad parece transformarse. Cuando una partida comienza, algo cambia. Se genera un acuerdo entre quienes participan, y entramos en otro modo de estar en el mundo. Esto tiene un cierto carácter mágico. El juego puede surgir por varias circunstancias: ocio, diversión o como herramienta de aprendizaje, pero «la magia» radica en ese desplazamiento de la realidad en el que se miran las cosas desde otra perspectiva.

El juego funciona como una metáfora de la vida. En algunas partidas hay que ser estratégicos, pensar varios movimientos adelante; en otras, lo importante es saber esperar el momento adecuado o mover la pieza correcta en el instante preciso. Algo muy parecido ocurre en la vida misma. Dentro del celtismo existe una idea que conecta bien con esto: el *sligh*, el camino o el sendero; una relación directa con la vida entendida en ese constante movimiento, en el que cada decisión forma parte de ese recorrido que vamos construyendo.

Al jugar también se aprende a observar mejor la vida. Estrategia, intuición, paciencia, cooperación e incertidumbre son parte del camino espiritual. Ambos mundos se encuentran entre el misterio y la creación de transformar lo que somos y lo que hacemos. Tal vez por eso me gusta pensar que, así como en el juego, la vida también guarda una chispa de magia y depende de nosotros aprender a reconocerla.

EGG: ¿Nos hace falta jugar más en nuestra sociedad?

S: Sin duda la sociedad necesita jugar más, no sólo como una forma de entretenimiento, sino que se requiere recuperar la capacidad de entender la vida con un espíritu de probar caminos, equivocarse y volver a intentar. Es necesario tener la esperanza de que existe otra jugada u otra manera de mover las piezas, ya que en la actualidad vivimos en una dinámica muy marcada por la productividad: trabajar, producir, cumplir objetivos, avanzar sin detenernos; una rutina que limita.

El juego ayuda a aprender algo sencillo pero muy profundo: tomar decisiones y aceptar que no todo está bajo nuestro control, pero que siempre somos nosotros quienes tiramos los dados y quienes movemos las piezas; a veces es ajedrez y en otras ocasiones es serpientes y escaleras. Existe la tendencia a asociar el juego como una pérdida de tiempo, pero, al contrario de esta visión, jugar es una forma de reconectar con la imaginación, que es una manera más espontánea de crear relaciones con los demás.

Así como en el mundo espiritual no todo tiene que estar definido de antemano, y donde puede aparecer algo inesperado, en la vida el juego nos hace más humanos... así que ¡a jugar! ☞

Para saber más:

La palabra *sligeta* es una forma derivada o adaptada que alude a la palabra *sligh*, más comúnmente escrita *slighe*. Ésta proviene del gaélico escocés y del gaélico antiguo irlandés y se relaciona con la idea de camino, ruta o sendero. No sólo se refiere a un camino físico, ya que en muchas tradiciones celtas también puede entenderse como ruta de vida o vía de aprendizaje o transformación.



EDUCAR DESDE LA CANCHA

Juan Pablo Hermosillo

Mi vida ha estado muy influenciada por la educación y el deporte; siempre han ido un poco de la mano. Me he formado en colegios jesuitas toda la vida: estuve en el Instituto de Ciencias y después estudié la licenciatura en Periodismo en el ITESO; luego me aventé la carrera de entrenador en la Federación Mexicana de Fútbol y la especialidad que recién lanzó el Departamento de Psicología del ITESO sobre Deporte para el Bienestar y Desarrollo. A la par, nací y crecí con el fútbol en casa.

Soy el mayor de tres hermanos, todos muy futboleros, y crecimos con esa pasión arraigada en nosotros: es parte de nuestra identidad y nuestras prácticas. Con el paso del tiempo también se volvió también una inquietud y un llamado a mi quehacer profesional.

A los 17 años, cuando era alumno del Instituto de Ciencias, el que era en ese entonces el director de deportes me dijo: «Oye, ¿por qué no te vienes de entrenador auxiliar con los chicos de preescolar y primaria?». Eso fue un detonante en mi vida porque me di cuenta de que no sólo disfrutaba el deporte como participante, sino también como acompañante.

Es periodista, entrenador de fútbol y maestro en Deporte para el Bienestar y Desarrollo. Es fundador de Hormigas Academia de Fútbol.

Ahí estuve como tres años y medio, y después, junto a uno de mis mejores amigos y socio, decidimos fundar una academia de fútbol que recién acaba de cumplir diez años: Hormigas Academia de Fútbol.

Fundamos *Hormigas* en 2015. Teníamos como tres o cuatro años acompañando chicos y chicas en su desarrollo deportivo, y nos percatamos de que, con la experiencia que habíamos reunido, podíamos ser más ambiciosos en cuanto a los alcances de la formación deportiva. Recuerdo que teníamos aproximadamente un año con la inquietud de fundar nuestro propio espacio de formación y acompañamiento, pues en ese entonces ya discutíamos sobre la filosofía detrás de generar una comunidad deportiva junto con las familias, de garantizar la participación de todos los niños y niñas en entrenamientos y partidos.

Hablábamos también de tener actividades colaborativas con organizaciones, con asociaciones que pudieran tener impacto social para profundizar esa mirada y entender que, al final, el deporte es un lenguaje potente para entrar en contacto con diversas realidades y aprender mutuamente. Las llamábamos «actividades colaborativas» porque no las sentíamos como un servicio social, sino como una retroalimentación mutua. En ese momento pensábamos en introducir una metodología de entrenamiento específica, que constituyera la



Foto: © Juan Pablo Hermosillo

base del deporte y resaltara la importancia del juego en la infancia. Sin embargo, muy pronto nos dimos cuenta de que el juego es el mejor medio para enseñar, sobre todo a niños y niñas. Por ello, un entrenamiento debía ser divertido, pero también contar con objetivos específicos y con contenidos técnicos y físicos que pudieran aprenderse de manera adecuada.

A partir de estas dinámicas nos lanzamos, y la verdad es que fue muy bonito porque implicó hacernos cargo de todo. En un inicio éramos los que cobraban, los que entrenaban, los que compraban el material; también hacíamos de médicos cuando algo sucedía y nos metíamos al tema de los seguros. Aprendimos un montón de cosas, fue nuestro primer laboratorio.

Con muchísima pasión se fue creando una comunidad maravillosa de papás y mamás que creyó en nosotros y en el proyecto. Ellos tam-

bién fueron dándole forma y cuerpo a Hormigas, porque desde el principio supimos que su éxito dependía de que la gente se involucrara. La idea fundamental de la academia era construir comunidad a partir de la formación deportiva, pero con una visión más amplia sobre lo que significa el deporte para la sociedad y sobre cómo podía generar lazos de comunicación y colaboración con otras iniciativas sociales. Desde el origen nos dimos cuenta de que trabajar en el ámbito del acompañamiento y la formación también implicaba una responsabilidad con la ciudad, con la ciudadanía y con el contexto en el que nos desenvolvemos. Entonces entendimos que el deporte podía abrir escenarios que complementarían ese aprendizaje.

Tuvimos colaboraciones con Crece, donde compartimos juegos y refrigerios; también nos visitó un albergue llamado Mayama, y tu-



vimos la fortuna de colaborar con la Escuela para Niños Ciegos de Las Águilas. Al final, la línea que seguimos mi socio Javier y yo es la misma con la que crecimos: una perspectiva marcada por la filosofía jesuita.

Yo creo que lo más bonito de ser entrenador es que poco a poco le vas imprimiendo tu propio toque y encuentras, en tu manera de acompañar, una conexión con las alumnas y los alumnos. También adviertes qué funciona y qué no.

Espacios de reflexión y silencio

Hay una teoría que me marcó mucho: la teoría de la autodeterminación, que habla de las necesidades psicológicas básicas del ser humano. Plantea que existen tres necesidades fundamentales. La primera es la autonomía, es decir, la capacidad de tomar decisiones y encontrar tu propio rumbo. La segunda es la competencia: sentirte capaz, eficiente. Y la tercera es la pertenencia, que tiene que ver con formar parte de una comunidad. Yo creo que el deporte toca esas tres dimensiones y, cuando eres consciente de ello, entiendes que muchas personas necesitan integrarse para vivir ese proceso.

Yo he incorporado a mi vida cotidiana los espacios de reflexión y silencio. La reflexión se ha vuelto algo fundamental para cuestionarme hacia dónde va la cosa. La pedagogía ignaciana propone un paradigma en el que hay una evaluación constante, seguida de acción y reflexión posterior, y eso lo tengo presente todo el tiempo. Hay momentos en los que incluso dialogo en voz alta conmigo mismo para escucharme, sobre todo cuando estoy estresado. Desde nuestro campo, tengo el compromiso de aportar, construir y buscar caminos que ayuden a crear algo mejor. Así encuentro sentido en estos espacios: son lugares donde se siembran cosas que transforman y donde también surge el aprendizaje y la construcción mutua.

Una responsabilidad hacia la ciudad

Una de las primeras problemáticas que nos hizo tardarnos en arrancar fue encontrar una cancha cuya renta nos permitiera empezar poco a poco. Comenzamos en una sede distinta a la actual y, desde entonces, hemos pasado por cuatro mudanzas. También ha sido una respuesta a cómo los espacios deportivos, tristemente, han ido desapareciendo con el crecimiento de la ciudad para convertirse en desarrollos inmobiliarios. Al final el deporte se ha convertido en una gran industria. Pero más que pelearme con eso, me gusta separar las cosas pensando que el deporte le pertenece a la gente, no a los organismos ni a las federaciones. Sí creo que hay una responsabilidad abandonada por parte del sector público, que en ciertos espacios ha mejorado, pero que todavía es esclavo de los resultados deportivos, los cuales no necesariamente se traducen en bienestar y desarrollo.

Hay una frase que me ha acompañado mucho y que resume buena parte de cómo entiendo todo esto: «Construye como si fueras a vivir eternamente, pero vive como si fueras a morir mañana». Creo que esa idea tiene mucho que ver con lo que hacemos día a día, con la responsabilidad de sembrar algo que permanezca, pero también con vivir el presente con sentido y compromiso.

Por último, agradezco muchísimo haber tenido una vida acompañada por los jesuitas, porque más allá de las prácticas y rituales concretos, crecí viendo el mundo desde la pregunta, el cuestionamiento y la comprensión de mi propio rol y responsabilidad frente a todo lo que tengo alrededor. Además, fue en un entorno lleno de amor, comprensión y escucha en el que aprendí que hay que mantenerse en la esperanza, porque la única lucha que realmente se pierde es la que se abandona. A mí eso me alienta: pensar que lo que hacemos todos los días tiene sentido. ☞





MARTY SUPREME: EL JUEGO Y EL FRACASO DEL YO

Carlos Alonso Grande Aldana

Marty Supreme (2025), dirigida por Josh Safdie, se ambienta en la posguerra y en los comienzos de la Guerra Fría (1952), y se inspira en la vida del campeón de tenis de mesa, el neoyorquino Marty Reisman. Esta película nos presenta la historia de fracasos y catástrofes provocadas por Marty Mauser (Timothée Chalamet), un joven ambicioso dispuesto a alcanzar la gloria en el ping-pong, un deporte desconocido e incipiente en aquel entonces en Estados Unidos. Marty está dispuesto a *todo* para alcanzar sus metas. Escribir *todo* no es una exageración, sino una realidad llevada al extremo. ¿Qué estaríamos dispuestos a llevar a cabo para conseguir nuestros sueños? ¿En qué punto es necesaria y deseable una creencia en que podemos lograrlo, y en qué punto hay que reconocer nuestros límites propios?

Marty no conoce límites. A partir de aquí, este análisis contendrá *spoilers*.

Al ser una trama centrada en el camino de Marty como arquitecto de sus propias desgracias, los personajes secundarios se nos muestran bajo un doble hilo conductor:

Maestro en Filosofía y Ciencias Sociales por el ITESO. Actualmente es profesor de tiempo fijo del Departamento de Formación Humana en la misma universidad, donde coordina la academia de Ética Aplicada.

por un lado, sirven a Marty como escalones aprovechables para él, de modo que son un mero *medio*, un *instrumento* para las aspiraciones del joven jugador de tenis de mesa; por el otro, cuando el límite ha sido rebasado, le presentan a Marty el recordatorio de que la vida no sólo puede transitarse con deseos desbocados de grandeza, sino que los deberes siempre nos reclaman. Le recuerdan que la vida humana implica *responsabilidad*.

Lo anterior se cristaliza cuando Marty vuelve del campeonato mundial jugado en Londres. El primero en pedirle cuentas es su tío, Murray (Larry Sloman), quien le reclama el dinero que Marty «robó» de la tienda de zapatos, pero el verdadero reclamo era que Marty no quisiera ser el gerente de la tienda, empleo para el que mostraba grandes habilidades de vendedor; después tenemos a Rachel (Odessa A'zion), probablemente la persona con más motivos para odiar a Marty, pues éste es incapaz de reconocer que el hijo que ella espera es suyo; tenemos a Wally (Tyler Okonma), quien, ante la multa de mil 500 dólares de la Asociación Internacional de Tenis de Mesa —que llevó a Marty a ser vetado del campeonato mundial de Japón—, ayuda a su amigo a estafar a un grupo de jóvenes con tal de conseguir dinero para pagar la deuda y el viaje, travesía en la que todo sale mal... una vez más. Acción tras acción, Marty tiene que solucionar un pro-



“ Si las relaciones con los otros se dan a partir del mero beneficio propio, no sólo instrumentalizamos al otro, sino también a nosotros mismos”.



blema creado anteriormente, y cuya solución encadena, a su vez, a otro problema.

Prueba de lo anterior es el ritmo estridente del filme: como espectadores, en varias ocasiones quisiéramos que Marty pensara mejor las cosas, que fuera más «sensato». Vemos en él, de cierto modo, a la figura del esteta kierkegaardiano: una persona regida por el goce y la inmediatez, libre de las ataduras de las elecciones éticas que vivir con otros implica. Pero Marty no es cualquier *hustler*, y aquí radica una de las genialidades de la película: por un lado, pareciera que en ciertos momentos se nos invita a empatizar con él, puesto que se trata de una persona marginal, cuyas condiciones estructurales no le han abierto las puertas del mundo; veámoslo por un momento: estamos ante un joven cuya meta no sólo es ser el mejor jugador de *ping-pong* del mundo, sino convencer a su país de que ese deporte vale la pena. Sin embargo, reiteradamente, la exacerbación de la ambición de Marty y la deshumana instrumentalización que ejerce sobre otros hace que nos apartemos de él. El exceso de lo que podría ser una virtud saludable —creer en sí mismo— nos deja en el completo vacío, en la no identidad, en la desesperación del esteta kierkegaardiano incapaz de forjarse un yo auténtico, a pesar de que, en apariencia, su meta sea la más auténtica.

El caso contrario es Milton Rockwell (Kevin O’Leary), un millonario quien, de hecho, es un Marty, pero con dinero: alguien que puede conseguir lo que quiera a toda costa, y que además lo hará porque tiene las condiciones para ello. Así, puede financiar la obra de teatro de su esposa, Kay Stone (Gwyneth Paltrow), una actriz cuya fama esplendorosa ya pasó hace años. Esto nos muestra que, si las relaciones con los otros se dan a partir del mero beneficio propio, no sólo instrumentalizamos al otro, sino también a nosotros mismos: Marty tiene que humillarse ante Rockwell y frente a muchos otros para que tengan consideraciones por él.

El punto de quiebre de la película nos lo da Rachel y el nacimiento del hijo. Marty vuela a Japón para jugar contra Koto Endo (Koto Kawaguchi) en un partido de exhibición, el cual gana. Este triunfo valió todo para Marty, pero no pudo ser en un torneo «de verdad». Regresa a Nueva York y, por fin, visita a Rachel, quien acababa de parir. La escena de Marty llorando al conocer a su hijo significa un triunfo que él no pudo prever de ninguna manera: sin reflectores, sin benefactores, sin prensa, ahí estaba ese humano que le devuelve la mirada y deja al protagonista indefenso.

Ese instante final de la película es el que le da, por fin, identidad y suelo a Marty: el otro gracias al cual yo soy.





SOBRE DIOS, DEL PESIMISMO A LO TRASCENDENTE

Cristina Paloma Robles Muro

Hace tiempo que los libros del pensador coreano Byung-Chul Han dejaron atrás el pesimismo con el que describió, de forma minuciosa, la vida moderna en una decena de ensayos breves, pero contundentes, que pusieron nombre a los malestares del humano contemporáneo. Poco a poco, y fiel a su estilo de entregas concisas (cerca de cien páginas), Byung-Chul Han ha comenzado a explorar aquello que sostiene lo trascendente en tiempos marcados por la desesperanza. Obras como *Loa a la tierra* (2021), *Vida contemplativa* (2023) y *El espíritu de la esperanza* (2024) dan cuenta de este giro. Pero, *Sobre Dios. Pensar con Simone Weil* (Paidós, 2025) es quizá el texto más comprometido con esta búsqueda.

En él, Han toma como punto de partida las reflexiones de la filósofa francesa Simone Weil, utilizándolas como un contrapunto crítico que desmantela la lógica del yo del rendimiento,

del consumo y de la dispersión, tan celebrada en la actualidad, para poner en el centro aquello que aún sostiene nuestra esperanza.

Simone Adolphine Weil nació en una familia judía, agnóstica y acomodada del París de principios del siglo XX. Estudió filosofía en la École Normale Supérieure. En 1934 tomó una decisión que marcaría su vida: pidió licencia como profesora para trabajar en las fábricas como obrera. Esperaba encontrar las claves de la opresión que fueran los detonantes de la indignación y la revolución de la clase obrera, pero encontró algo más desconcertante: la opresión de las personas producía docilidad en ellas. Fue allí cuando Weil inició un camino de transformación personal, en el que su reflexión filosófica se entrecruzó con algo fuera de lo esperado: la experiencia cristiana.

La obra de Weil es muy profunda y escala los límites de esta entrada, pero después de la lectura de *Sobre Dios* entiendo que quizá ese espíritu de docilidad es el que hoy tiende un puente entre el pensamiento de Weil y el de Han: nuestro tiempo parece producir sujetos dóciles frente a la productividad excesiva y la hiperactividad de la vida, que se traducen en

Es periodista y maestra en Ciencia Política y Sociología por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) sede Argentina. Su trabajo periodístico se ha enfocado en agendas de política, violencia y movimientos sociales. Actualmente es editora de la Revista *CHRISTUS*.



discursos que se exponen y reproducen en cadena masiva en redes sociales y que generan en nosotros ruidos internos que compiten con los externos y que nos impiden mirar lo trascendente.

Partiendo de una tesis clave, para Han la crisis de la religión es una crisis de la atención. «No es Dios quien ha muerto», como advertía Nietzsche, «sino el ser humano al que Dios se revelaba», dice. Para quienes estamos familiarizados con el pensamiento ignaciano, la propuesta del ensayo quizá no resulta del todo novedosa, pues la contemplación, el vacío y el silencio aparecen, una vez más, como caminos privilegiados para el encuentro con lo divino.

De Weil, Han retoma siete conceptos clave para pensar a Dios y su posibilidad de encuentro: la atención, la descreación, el vacío, el silencio, la belleza, el dolor y la inactividad. La atención es uno de los aportes fundamentales en el pensamiento de la filósofa francesa: «En su grado más alto, la atención es lo mismo que la oración». A esto, Han añade: «La crisis actual de la atención está ligada al hecho de que queremos consumirlo todo, en lugar de mirarlo». La percepción voraz, dice, se vuelve entonces adictiva, y la adicción no requiere atención. Sólo una transformación profunda, que surge del vaciamiento del alma del que habla Weil, puede romper el círculo del consumo.

La atención también exige espera. Y la espera se contrapone a la lógica de la inmediatez que caracteriza nuestro tiempo, un ritmo que devuelve a la persona ruido, dispersión y poca serenidad. Se pierde así una dimensión esencial de la actividad humana: aquélla en la que cada proceso que vive el sujeto tiene una connotación espiritual y fundante. La descreación aparece entonces como una vía para descentrar al yo hipermoderno; una manera de convertirse en nada para desde ese polvo prosperar.

El vacío, frente a la bulimia digital de la que habla Han, se vuelve condición de posibilidad: un espacio donde lo humano puede susstraerse del consumo desmedido de tiempo y atención que domina la vida contemporánea. Pero ¿qué pasa cuando todo pensamiento pasa por la mediación de la información que rige nuestro tiempo? Han reflexiona sobre el valor del silencio en una época dominada por el ruido y la necesidad constante de hacerse escuchar, señalando que solo una experiencia profunda de silencio puede conducir al encuentro con Dios.

Finalmente, el autor cierra su reflexión con dos conceptos que parecen contrapuestos: la belleza y el dolor. Retoma a Weil para afirmar a Dios como «belleza pura», a lo que Han añade: «Lo bello evita que el alma desarrolle adiposis», una analogía con la que describe el efecto de la acumulación (de información, de estímulos, de *likes*) en la vida del ser humano contemporáneo. El dolor, en cambio, es asumido como una fase natural y necesaria que vive la persona en la que pone a disposición inmediata a su espíritu.

Por último, para explicar la inactividad, algo que pareciera tan imposible como anhelado en este tiempo de consumo y productividad, más que una aspiración, se propone como una forma de ascesis. «Es el silencio lo que espiritualiza la acción humana; aquietta la actividad hasta convertirla en inactividad».

Y es quizá ahí donde se juega hoy la posibilidad de lo espiritual: no en la acumulación de discursos sobre Dios, sino en la disposición interior que permite aún percibirlo. Porque, en medio del ruido, la dispersión y la saturación de sentido, la trascendencia no ha desaparecido; somos nosotros quienes hemos dejado de tener el silencio necesario para reconocerla. ☒





NO SÓLO DE PAN...

Juan Carlos Zavala Jonguitud, S.J.

JULIO

Domingo 5

«Vengan a mí, todos... aprendan de mí».

- Zacarías 9, 9–10
- Salmo 144, 1–2.8–9.10–11.13–14
- Romanos 8, 9.11–13
- Mateo 11, 25–30

§ A veces la vida es demasiado, a veces no tenemos fuerza para continuar. Jesús lo sabe bien, y las lecturas de hoy nos enseñan un camino para vivir alegres, en paz y en comunión: aprendiendo a vivir como hijos e hijas del Padre.

§ Jesús, el Hijo por excelencia, comienza su discurso inundado de alegría porque entiende que para vivir no se necesita saberlo todo, al contrario, esto vuelve más oscuro el panorama. Tampoco es necesario ser superfuerte ni todopoderoso. Para vivir se necesitan la sencillez, la humildad y la mansedumbre propias de un Hijo que vive confiadamente en su Padre.

§ Ser Hijo es lo que caracteriza al Espíritu de Cristo. Sabernos hijos e hijas nos libra del egoísmo autosuficiente y destructivo que nos lleva a permanecer en la muerte. Si nos reconocemos como hijos e hijas las otras personas son, por tanto, hermanas, y es en ellas en las que reconocemos al Espíritu que habita en todo ser humano.

La filiación genera con el Padre una relación amorosa y de mutuo conocimiento. El salmo nos ayuda a conocer mejor a ese Padre que es compasivo, generoso, amoroso y bondadoso. Cantar y alabar al Señor nos recuerda que en Él tenemos descanso.

Jesuita mexicano, es licenciado en Filosofía y Ciencias Sociales por el ITESO. El trabajo con los pueblos originarios, la música y el acompañamiento a jóvenes son pasiones que han marcado su vida en la Compañía. Actualmente cursa estudios de Teología en Belo Horizonte, Brasil.

Domingo 12

«Dichosos ustedes, porque sus ojos ven y sus oídos oyen».

- Isaías 55, 10–11
- Salmo 64, 10–11.12–13.14
- Romanos 8, 18–23
- Mateo 13, 1–23 (o versión corta: 13, 1–9)

§ Seremos dichosos si sabemos mirar y escuchar, si tenemos un corazón menos duro. Por ello, dejemos que el Señor nos hable en parábolas. Las lecturas de hoy nos inundan con imágenes tan cotidianas que, si las sabemos contemplar, se revelan como llenas de Dios. Hay tres imágenes con las que podemos sentir y gustar de qué manera Dios se nos hace presente.

§ Quizá nos sentimos como una tierra seca que ya está sintiendo la lluvia, que se deja empapar por la palabra que sale de la boca del Señor; como nos presenta el profeta Isaías. Al contemplarnos así, miramos a Dios como ese sabio labrador, que cuida de nuestra tierra. Él sabe prepararla con ternura y quitar aquello que no necesitamos para albergar vida.

§ Puede ser, también, que nos identifiquemos con la creación que gime hasta el presente de la carta a los romanos. Y es que, dejando de lado las imágenes románticas, vemos que los dolores de parto son eso: sufrimiento, sudor, cansancio, esfuerzo y desespero. Tal vez en nuestras vidas hay situaciones, personas o problemas que nos duelen, que no sabemos cuándo acabarán y que nos llevan a sentir el anhelo de que, finalmente, llegue el momento en que la Vida se abra paso.

La semilla carga en su interior toda la fuerza vital necesaria para crecer y alimentar a todas las personas. Quizá estamos llamados a ser semilla, a habitar la oscuridad y la humedad. A morir para dar vida, porque sabemos que es el Señor el que vivifica nuestra existencia y nos llama a ser alimento. Cristo se entregó, murió y mostró que es así como se obtiene la Vida verdadera.





Domingo 19

«Tu poder es el fundamento de tu justicia».

- Sabiduría 12, 13.16–19
- Salmo 85
- Romanos 8, 26–27
- Mateo 13, 24–43 (o versión corta: 13, 24–30)

§ Esta afirmación del libro de la sabiduría puede ser fácilmente pervertida en nuestros tiempos, porque nos cuesta trabajo pensar en una justicia que no sea la ley del más fuerte y en un poder que no esté sustentado en la acumulación del capital y de las armas. Sin embargo, no son éstos el poder y la justicia de Dios.

§ Si le preguntamos a las lecturas en qué consiste el poder del Señor, veremos que el libro de la Sabiduría lo caracteriza por su misericordia y por gobernar con delicadeza. Él es dueño de la fuerza, pero espera con paciencia a que el pecador se arrepienta. El Dios lento a la cólera del salmo es el sembrador que nos presenta Jesús en la parábola. Cuando se entera de la acción del enemigo no reacciona con violencia, tampoco se precipita para intervenir. Al contrario, su paciencia permite que todo el trigo fructifique, su pausa evita que haya «daños colaterales», como hoy se acostumbra a llamar, eufemísticamente, a los que mueren siendo inocentes.

§ Si su poder es así, su justicia se muestra también no como venganza sino como paciente espera. De ahí que el Reino de los cielos se parece a la semilla que crece desde lo pequeño, o a la levadura que desaparece entre la masa para fermentar.

Qué difícil es entender su justicia y su poder, nuestro mundo parece alejarse cada vez más de este proyecto de humanidad. Sin embargo, reconocer nuestra debilidad permitirá, como san Pablo escribe en la Carta a los Romanos, que el Espíritu se una a nosotras y que interceda con gemidos que no pueden expresarse con palabras. Sin reconocernos débiles y dependientes del Amor de Dios, difícilmente podremos entrar en la dinámica del Reino de los cielos.

Domingo 26

«Te pido que me concedas sabiduría de corazón».

- 1 Reyes 3, 5.7–12
- Salmo 118, 57.72.76–77.127–128.129–130
- Romanos 8, 28–30
- Mateo 13, 44–52

§ Este domingo las lecturas nos invitan a conectar con nuestro deseo. ¿Qué estoy buscando? ¿Qué determina mi existencia? Sin saber lo que buscamos, es difícil que entendamos la dinámica del Reino que Jesús nos propone. Porque Jesús compara el Reino con tres personas que buscan algo: un tesoro escondido, una perla muy valiosa y una pesca abundante. Ellas saben dar su valor a cada cosa, pero aquello que buscan es tan valioso que, al encontrarlo, todo lo demás se relativiza. ¿Por qué vale la pena abandonar todo? ¿Qué hay en mi vida hoy que da sentido a mis días?

§ La imagen de los pescadores es como una advertencia. Muestra que no todo lo que se desea es bueno. Así también lo expresa la primera lectura con el deseo de Salomón, que no es la búsqueda egoísta de riqueza y dominio. Al contrario, su angustia le lleva a pedir sabiduría para gobernar. La sabiduría no es algo para sí mismo, es algo que está en función de otras personas; además, la pide porque se reconoce limitado, es decir, humano. Finalmente, está sustentada en una promesa, la que Dios le hizo a su padre y a su pueblo.

§ En sus escritos Simone Weil examina el deseo en clave mística. Ella sabe que el deseo de cosas finitas es engañoso, el único que vale la pena es el que apunta hacia lo absoluto, hacia lo divino. Ella propone que debemos educar nuestro deseo para no dejar que las pequeñas cosas ocupen el lugar del gran tesoro, de la perla valiosa.

Para poder encontrar aquello que anhelamos, es necesario educar nuestro deseo para permanecer sedientos, carentes. Si permanecemos en búsqueda, permitimos que Dios venga a nuestro encuentro para llenar de plenitud nuestro deseo. El deseo que nos conecta con Dios nace de sabernos humanos, se sustenta en su promesa y nos lleva al encuentro con los demás.



AGOSTO

Domingo 2

«Vengan a mí, escúchenme y vivirán».

- Isaías 55, 1–3
- Salmo 144
- Romanos 8, 35.37–39
- Mateo 14, 13–21

§ Como seguidores de Jesús tenemos el peligro de mirar a Dios como un cajero automático o una máquina expendedora que nos da lo que queremos cuando se lo pedimos. Una lectura superficial de los textos de hoy nos podría llevar a esa idea.

§ En la primera lectura, Dios se muestra como aquél que da agua, trigo, vino y leche sin cobrar; el evangelio nos muestra a Jesús alimentando con comida sin límite. Si nos quedamos sólo en este Dios proveedor, dispensador de beneficios, generamos un falso Dios, un ídolo que está sujeto a nuestra necesidad. Así, cuando la vida no nos sonrío y ese Dios no resuelve, tenderemos a buscar otro ídolo que sí lo haga, que siempre cumpla nuestro deseo.

§ Para sanar esta imagen es importante reconocer los verbos que acompañan las acciones divinas. Dios da agua a quien está sediento y pan a quien tiene hambre. En el salmo, se muestra generoso con quienes lo buscan. Jesús alimenta a los que le siguieron para escuchar su palabra. Todas estas acciones muestran que lo principal es la relación que se genera entre Dios y su pueblo. Dios no es una cosa, es sobre todo Alguien con quien vamos generando una relación personal. Ésta es una relación de amor, en la que cada uno da al otro lo que tiene y puede. Si convertimos a Dios en cosa, no podremos generar un vínculo con Él y, lo más triste, pensaremos que su presencia se reduce a unas cuantas cosas pasajeras.

En su antropología, Karl Rahner dice que el ser humano es 'oyente de la palabra'. Lo característico de las personas es esta apertura que tienen para algo que está más allá del aquí y el ahora. El ser humano está dispuesto a escuchar, y Dios se hace conocer, se comunica en todas las cosas. La plenitud de su comunicación se dio hace dos mil años cuando se hizo hombre y nos mostró lo que significa amar hasta el extremo. Es este amor que determina todo, el que san Pablo expresa bellamente. Nada ni nadie nos puede separar de su amor cuando nos relacionamos con Él, cuando abrimos los oídos a su Palabra.

Domingo 9

«Tranquilícense y no teman. Soy yo».

- 1 Reyes 19, 9a.11–13a
- Salmo 84
- Romanos 9, 1–5
- Mateo 14, 22–33

§ La vida de los y las seguidoras de Jesús no está exenta de peligros y tempestades. La liturgia refleja las dificultades que enfrentan aquellos que desean vivir su existencia desde Dios. El profeta Elías está huyendo porque lo quieren matar y entra a la cueva para protegerse. Pablo confiesa: «Tengo una infinita tristeza y un dolor incesante tortura mi corazón». Los discípulos dan gritos de terror. Como vemos, la buena noticia es que pasar por estos sentimientos es parte del camino hacia Dios. Ya decía Orígenes que es imposible, para quien no pasó por la tentación de las olas y del viento contrario, llegar a la otra orilla con Jesús.

§ Lo determinante es mirar cómo el Señor se hace presente en medio de esa dificultad. Elías, amenazado de muerte, esperaba que el Señor se mostrara con poder y majestad, sin embargo Él se manifiesta en una brisa suave.

§ San Pablo resignifica su aficción al conectarla con su misión y su compromiso con sus hermanos. Los discípulos pasan del terror inicial a la paz que se sustenta en la palabra de Jesús «soy yo». Pedro se moviliza, y encuentra en la dificultad, la ocasión para dejarse salvar por Jesús; para que venga en auxilio de su poca fe.

Si seguimos a Jesús, pasaremos por momentos en los que el viento nos es contrario y parece que nos vamos a ahogar. Vale la pena aprender, primero, a estar atentos y atentas a los pequeños detalles, a la sutileza del viento; segundo, mirar esa situación en perspectiva y en relación con nuestros hermanos y hermanas; especialmente aquellas que sufren. Finalmente, somos invitados a caminar aun con nuestra poca fe, sabiendo que el Señor hace el resto. Así, podremos atravesar la tempestad y llegar a la otra orilla con Jesús.



Domingo 16

«También los perritos se comen las migajas que caen».

- Isaías 56, 1.6–7
- Salmo 66
- Romanos 11, 13–15.29–32
- Mateo 15, 21–28

§ Al escuchar el evangelio podemos sentir un cierto desconcierto. Esta curación es muy distinta a las otras curas de Jesús. No es él quien toma la iniciativa sino la mujer extranjera, y los discípulos tienen que interceder por la mujer que Jesús parece ignorar. Finalmente, la primera respuesta de Jesús es sumamente dura. En este relato, Mateo plasma el momento en el que Jesús vive una apertura de horizonte en la que se reconoce enviado no sólo al pueblo de Israel sino a toda la humanidad, y todo gracias a una mujer cananea. Sin embargo, como lo dice el profeta Isaías, Dios es para todos: los extranjeros son bienvenidos y somos llamadas a velar por el derecho y la justicia sin hacer distinción.

§ Jesús seguramente escuchó muchas veces que era parte del pueblo elegido, miró compatriotas que rechazaban a la diferencia. ¿Cómo se quebró esta visión de mundo en Él? El evangelio nos dice que fue gracias a una mujer que se preocupa por otras (su hija en este caso) y que confía profundamente en que Jesús la escuchará.

§ La fe profunda y el cuidado por los hermanos atraviesan también el pasaje de Isaías y la Carta a los Romanos. Cuánto necesitamos en nuestros días vivir desde estas dos actitudes, sólo así podremos vivir realmente como hijos e hijas de un mismo Padre.

El proceso que vive Jesús no es cosa menor, ni en aquel entonces ni ahora. La propuesta cristiana rompe con el nacionalismo y la tentación de quedarnos aislados en nuestro grupo, en aquello que nos es similar. Las cámaras de eco en las redes sociales y los discursos polarizantes en la política son muestra de eso, qué difícil nos es acoger lo diferente.

Domingo 23

«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo».

- Isaías 22, 19–23
- Salmo 137
- Romanos 11, 33–36
- Mateo 16, 13–20

§ Si tomáramos el evangelio de Mateo y lo leyéramos de principio a fin como una novela, este pasaje sería sin duda uno de los más sorprendentes para quien no sabe nada de Jesús. Claro, en los capítulos previos se ha hablado de Jesús de una forma especial, pero decir que es «el Mesías, el Hijo de Dios vivo» no tiene comparación. Es decir que es respuesta a las preguntas más profundas del corazón, liberación de todo dolor y toda esclavitud, cercanía de Aquél que rige toda la existencia, esperanza realizada que nos mira y nos ama con ojos y corazón humanos.

§ A esta declaración le sigue una promesa que tiene el sello de la eternidad. Las palabras de Jesús a Pedro son, a la vez, promesa y misión. En él edificará su Iglesia, la cual perdurará, y en ella los poderes del mal no vencerán. Por ello rezamos en el salmo «tu amor perdura eternamente». Reconocer en Jesús al Mesías nos abre la puerta a la eternidad, que no significa que el tiempo se detenga o que todo permanezca igual.

§ Se nos invita a mirar el futuro con la confianza de que todo está sustentado en esa cercanía de Jesús como Hijo del Dios vivo.

§ La primera lectura nos muestra la otra cara de esta certeza: como Iglesia tenemos un encargo que debemos cumplir, no como dueños, sino como siervos que somos.

El Concilio Vaticano II declara que la luz del mundo es Cristo y la Iglesia quiere ser un reflejo de esa luz. Si como cristianos queremos ser fieles a nuestro llamado, debemos estar firmemente sustentados en Él, mirar su luz y dejarnos deslumbrar por su presencia, sólo así podremos convertirnos en pálido reflejo para el mundo.



Domingo 30

«No lo permita Dios, Señor;
eso no te puede suceder a ti».

- Jeremías 20, 7–9
- Salmo 62
- Romanos 12, 1–2
- Mateo 16, 21–27

§ Las lecturas de este domingo son dramáticamente humanas. En la primera lectura, Jeremías le reprocha a Dios, se declara víctima de una seducción que le ha llevado a ser el hazmerreír de la gente por denunciar aquello que no camina conforme al deseo de Dios para su pueblo. El salmo canta una súplica que nace de la necesidad, de sentir la sequedad en el alma y en el corazón. El evangelio nos muestra a Pedro desafiando la palabra de Jesús, su reclamo nace, probablemente, del temor a la decepción; no se puede permitir que su esperanza, su Señor, sea asesinado.

§ Esta primera constatación es una buena noticia para nosotros. Estas palabras, tan humanas, están en la Biblia, palabra de Dios. Él se vale justo de lo más humano para revelarse en nuestra vida y nuestra historia. Así, retoma nuestro reproche, nuestra súplica y nuestro desafío no para castigarnos, sino para mostrarnos su amor y fortalecer el vínculo que tenemos como sus criaturas. Valdrá la pena preguntarnos ¿hace cuánto no abro mi corazón al Señor para contarle lo que me pesa en el alma?

§ Ciertamente Dios escucha, pero no sólo, Él también nos habla. Jesús reprende a Pedro y le muestra el camino para seguirlo. Pedro quería huir de la muerte y del dolor pero Jesús le muestra que, si lo hace, no podrá estar con Él. Lo fundamental no es la vida larga o corta, el honor o el deshonor, lo que en verdad importa es mantener el vínculo que los une con el Padre.

Seguir a Jesús implica cargar con las consecuencias de amar radicalmente, pide una constante apertura, para que seamos transformados internamente, como lo expresa el apóstol Pablo. Pidamos al Señor, con la aclamación, luz para «comprender cuál es la esperanza que nos da su llamamiento».



Ilustración: © Tzitzí Santillán



SEPTIEMBRE

Domingo 6

«Cumplir perfectamente la ley consiste en amar».

- Ezequiel 33, 7–9
- Salmo 94
- Romanos 13, 8–10
- Mateo 18, 15–20

§ Desde el primer siglo de nuestra era los seguidores de Jesús se reconocieron Iglesia. Esta palabra, del griego *ekklesia* y del hebraico *qahal*, designa a aquellas personas que son reunidas porque escucharon un llamado. Las lecturas de hoy nos permiten profundizar en lo que representa que dos mil años después sigamos siendo iglesia, llamados y llamadas por Cristo para una misión.

§ En la primera lectura, el Señor comunica al profeta la responsabilidad de la que le pide se haga cargo, a través de la imagen del centinela. Ezequiel no es el dueño, el todopoderoso, él sólo cuida aquello que el Señor le confía, toda autoridad está en función del servicio que presta a sus hermanos. Esta misión, la misma que viven las primeras comunidades cristianas, no está exenta de dificultades y conflictos. No por nada Pablo tiene que recordarle a la iglesia en Roma: «no tengan con nadie otra deuda que la del amor mutuo». Consejo que es siempre actual, sobre todo en estos tiempos en los que parecen prevalecer la división y la discordia.

§ En el evangelio Jesús le presenta a sus discípulos unos pasos que permitirán que, como comunidad–iglesia, se mantengan reunidos en torno a la Palabra. De este pasaje los padres rescatan dos enseñanzas. San Agustín subraya que la amonestación debe ser siempre por el bien del otro, «si lo haces por amor propio, nada haces. Si lo haces por amor a él, haces bien»; así, nos invita a salir del propio amor querer e interés y a ser generosas con las y los hermanos. Por otra parte, san Cipriano destaca que lo que da fuerza a la comunidad es la unidad, «lo que torna eficaz la oración no es el grande número de personas, más la unión de espíritu de los que oran».

Pidamos al Señor nos conceda la gracia de ser y permanecer como iglesia, cuidándonos los unos a los otros para, en la diversidad, unirnos alrededor de su Palabra.

Domingo 13

«Piensa en tu fin y deja de odiar».

- Sirácida 27, 30–28, 7 (27,33–28,9)
- Salmo 102, 1–2.3–4.9–10.11–12
- Romanos 14, 7–9
- Mateo 18, 21–35

§ La liturgia de la palabra este domingo gira alrededor del pecado y la compasión, en oposición al odio y al rencor que el Eclesiastés califica como «cosas abominables». Valdría la pena pensar ¿por qué son abominables el rencor y la cólera? Jesús nos da la respuesta, porque quien vive aferrado a esos sentimientos no puede entrar al Reino de los Cielos. El perdón es una condición fundamental, tanto que está en la oración del Padre nuestro.

§ Las lecturas presentan al perdón en referencia a dos tiempos. Primero que nada, es fruto de nuestra historia. Al mirar al pasado podemos reconocer cuánto hemos sido perdonadas. Siendo honestos, si hiciéramos las cuentas no tendríamos cómo pagar tanto bien recibido. Cada uno puede pensar en personas o momentos en los que ha podido experimentar la escandalosa generosidad del Señor, experiencias que le llevan a cantar «gracias a la vida que me ha dado tanto».

§ Pero el perdón también apunta para el futuro. La primera lectura es tajante: «piensa en tu fin y deja de odiar». Porque quien vive apegado al rencor va cargándose cada vez más de un peso que le impide caminar. El cardenal Tolentino Mendonça dice que el perdón es un acto unilateral de amor. Quien perdona le da a la otra persona no lo que merece, sino aquello que está en el corazón de Dios. Así, considerando el propio fin vale la pena meditar, ¿cuán ligero quiero llegar al final? ¿No sería mejor soltar lo que me pesa?

Vivir desde el perdón no es fácil, mucho menos cuando hemos sido heridas. Pero en Jesús se nos abre un horizonte de amor infinito. San Pablo afirma que sólo es posible vivir cuando morimos a nosotros mismos, no por heroísmo o por falta de propia estima, sino porque nuestra realidad fundamental es que «somos del Señor».





Domingo 20

«¿O vas a tenerme rencor porque yo soy bueno?».

- Isaías 55, 6–9
- Salmo 144
- Filipenses 1, 20–24.27
- Mateo 20, 1–16

§ ¿Cuánto nos preocupa el «más allá»? Quizá haya pasado de moda hablar de «la otra vida», pero sin esta imagen se pierde mucho de la profundidad que nos traen las lecturas. Comenzamos el camino con Isaías, él nos habla de un «mientras», con esto divide el tiempo entre el ahora y el tiempo que vendrá. Junto con esa alegoría temporal habla que entre nosotros y Dios se abre un espacio, tan lejano como el cielo de la tierra. Con estas imágenes el profeta coloca las coordenadas: cielo y tierra, el ahora y lo que vendrá.

§ El salmo toma esa distancia entre Dios y nosotras, sus creaturas, y la llena de colores, para que podamos entrar de manera justa en ella. Ese espacio, esa grandeza incalculable, no es una distancia lejana y fría. Al contrario, el Señor llena con su amor todas sus obras, pinta de colores el 'mientras' para mostrar que no está lejos de aquellos que lo buscan. Es justamente de esta búsqueda de la que Jesús hablará.

§ El relato de los trabajadores es una parábola, o sea, una imagen que quiere quebrar nuestro piloto automático y hacernos entrar en otra lógica, la del Reino. En nuestra sociedad estamos acostumbrados a medir, cronometrar y colocar indicadores. Pensamos que entre más control tengamos de la vida, mejor viviremos y más justos podremos ser. Jesús invierte el orden, lo verdaderamente importante es la búsqueda, permanecer en ella y no desistir. Si somos lo suficientemente afortunados para encontrarlo rápidamente, excelente, pero eso no nos hace más o mejores.

Quien busca es quien reconoce la distancia, sabe habitar el 'mientras' de la vida, y se empeña por entero en practicar el amor, así como Dios obra para llenar de colores el espacio. Seamos buscadoras, no dejemos que nuestro deseo de infinito se convierta en números estériles, porque será en ese momento cuando la distancia deje de ser oportunidad salvífica y se vuelva rencor contra los otros y contra nosotros mismos.

Domingo 27

«En cambio, los publicanos y las prostitutas sí le creyeron».

- Ezequiel 18, 25–28
- Salmo 24
- Filipenses 2, 1–11
- Mateo 21, 28–32

§ El evangelio de hoy es una llamada a desestructurar lo que 'debería ser' para conseguir ir más allá; ahí donde el Señor nos espera. Las palabras de Jesús son sumamente disruptivas. Se dirige a los más respetados de su tiempo en asuntos religiosos y les ayuda a ver que están perdiendo de vista algo muy importante. Se planta frente a ellos y les dice que los verdaderos creyentes no son los de buena fama o los que hacen todo bien, sino los últimos. Su ejemplo son publicanos y prostitutas, ¿quiénes serían los publicanos y prostitutas en nuestros días? ¿Me veo más cerca de ellas o más cerca de los ancianos y sumos sacerdotes?

§ Las palabras de Jesús están cargadas de una autoridad particular. Jesús sabe lo que los últimos sienten porque comparte con ellos y ellas el lugar más universal: el de la pobreza. San Pablo lo plasma magníficamente al recuperar este himno cristológico. Jesús tendría todo el derecho para sentarse por encima de los sumos sacerdotes, pero decide no hacerlo. Libremente, empeña su libertad haciéndose siervo, humillándose a sí mismo.

§ Como nosotros ya lo conocemos como el Hijo de Dios y como el Señor resucitado, lo aceptamos con más tranquilidad. Pero ¿qué tanto creemos que Jesús sería hoy víctima en los bombardeos de Oriente Medio? Así de real y radical es su opción, ahí la divinidad parece esconderse. Lo que Jesús ha comprendido al abajarse es que ése es el mejor lugar para hacer la voluntad del Padre.

Esto de la humillación es más una gracia de Dios, pero este don necesita que nuestra voluntad se comprometa, que empeñemos también nuestro deseo. Cuando Pedro Arrupe terminó su periodo como general de los jesuitas, paralizado por una trombosis y en medio de sospechas y juicios, se despidió diciendo: «Yo me siento más que nunca en las manos de Dios. Eso es lo que he deseado toda mi vida, desde joven. Y eso es también lo único que sigo queriendo ahora. Pero con una diferencia: hoy toda la iniciativa la tiene el Señor. Les aseguro que saberme y sentirme totalmente en sus manos es una profunda experiencia».

LAS PALABRAS DEL PAPA

*Fragmentos de la carta del Santo Padre León XIV
«La Vida en Abundancia» sobre el valor del deporte,
febrero 2026*



« El Concilio Vaticano II expresó su valoración positiva del deporte en el ámbito más amplio de la cultura, recomendando que se empleen “los descansos oportunamente para distracción del ánimo y para consolidar la salud del espíritu y del cuerpo, [...] con ejercicios y manifestaciones deportivas, que ayudan a conservar el equilibrio espiritual, incluso en la comunidad, y a establecer relaciones fraternas entre los hombres de todas las clases, naciones y razas”. Gracias a la lectura de los signos de los tiempos ha crecido, por tanto, la conciencia eclesial de la importancia de la práctica deportiva».

«Numerosas investigaciones han reconocido que las personas no están motivadas sólo por el dinero o la fama, sino que pueden experimentar [con el deporte] una alegría y recompensas intrínsecas en las actividades que realizan, es decir, llevándolas a cabo y apreciándolas por su propio valor. En particular, se ha observado que las personas experimentan alegría cuando se entregan plenamente a una actividad o a una relación y superan el lugar en el que se encontraban, con una especie de movimiento progresivo. Dichas dinámicas favorecen el crecimiento de la persona en su totalidad».

«Cuando los deportes de equipo no están contaminados por el culto al lucro, los jóvenes “se ponen en juego” en relación con algo que para ellos es mucho más importante. Se trata de una oportunidad educativa formidable. No

siempre es fácil reconocer las propias capacidades o comprender cómo éstas puedan ser útiles al equipo. Además, trabajar junto a los coetáneos conlleva a veces la necesidad de afrontar conflictos y gestionar frustraciones y fracasos. También es necesario aprender a perdonar (cf. Mt18,21–22). De ese modo, se forman las virtudes personales, cristianas y civiles fundamentales».

«El deporte verdadero, en cambio, educa a una relación serena con el límite y con la norma. El límite es un umbral para vivir; es lo que hace significativo el esfuerzo, inteligible el progreso y reconocible el mérito. La norma es la “gramática” compartida que hace posible el juego mismo. Sin reglas no hay competición ni encuentro, sino sólo caos o violencia. Aceptar los límites del propio cuerpo, del tiempo y del esfuerzo, y respetar las reglas comunes significa reconocer que los logros nacen de la disciplina, de la perseverancia y de la lealtad».

«El deporte se convierte así en un lugar donde aprender a cuidar de uno mismo sin idolatrarse, a superarse sin anularse, a competir sin perder la fraternidad [...]. El deporte puede y debe ser un espacio acogedor, capaz de involucrar a personas de diferentes orígenes sociales, culturales y físicos. La alegría de estar juntos, que nace del juego compartido, del entrenamiento común y del apoyo mutuo, es una de las expresiones más sencillas y profundas de la humanidad reconciliada».



EN NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO

Queremos volver la mirada hacia las juventudes desde una llamada que cala en lo más hondo: la de ser testigos y creadores de esperanza. ¿Qué mueve hoy a las y los jóvenes a ser compañeros de Jesús? ¿Qué experiencias, búsquedas, alegrías y heridas atraviesan ese anhelo?

Reconocemos los contrastes a los que se enfrentan: el ansia de comunidad frente al aislamiento, la búsqueda de verdad en medio de la saturación digital, el deseo de paz ante la desesperanza cotidiana, y la necesidad de espacios de intimidad y sosiego frente al ruido y la evasión. En este sentido, queremos escuchar el testimonio de jóvenes y acompañantes en busca de respuestas que nos hagan sentir caminos hacia el futuro. Es ahí donde entendemos la experiencia vocacional: una búsqueda compartida; un proceso que se discierne en lo cotidiano, en la historia personal y en relación de ser para y con los demás.





ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara

En Posgrados ITESO lo haces posible

Maestría en Derechos Humanos y Paz

PRESENCIAL Y EN LÍNEA (Modalidad escolar y no escolar)

Incide positivamente en las dinámicas sociales, políticas y jurídicas para construir una convivencia basada en la justicia, el respeto y la paz.

Conoce más del programa:
posgrados.iteso.mx/maestria-derechos-humanos-paz



Reconocimiento de Validez Oficial de Estudios (RVOE) según Acuerdo Secretarial SEP núm. 15018, publicado en el Diario Oficial de la Federación el 29 de noviembre de 1976. El ITESO pertenece al Grupo 3 (Instituciones Acreditadas Consolidadas) del Programa de Mejora Institucional de la SEP.



iteso.mx



AUSJAL

 ITESOPosgrados

 33 3669 3569

 PosgradosITESO

 ITESOuniversidad

posgrados@iteso.mx
posgrados.iteso.mx

 ITESOuniversidad